

Arthur Schopenhauer

El arte de tratar con las mujeres



Filosofía

Alhambra Editorial



«Si el mundo es producto de un capricho divino, entonces la mujer es el ser mediante el cual el Creador todopoderoso quiso mostrarnos del modo más fehaciente el lado imprevisible de Su propia naturaleza inescrutable.» Esta ocurrencia, que probablemente no está muy alejada de una de las convicciones más arraigadas del espíritu masculino, debería bastar por sí sola para convencer a todos, hombres y mujeres por igual, acerca de la utilidad del presente opúsculo. Se trata de un tema ciertamente espinoso, pero insoslayable.

¿Qué nos pueden enseñar los filósofos —por el hecho de ser, por definición, guardianes de la sabiduría, y una catástrofe en cuestiones amorosas— acerca de cómo relacionarnos con las mujeres? ¿Qué nos aconsejan para controlar la temida volubilidad femenina y apaciguar a este insondable objeto de nuestros deseos? ¿Qué estrategia proponen para curar al bello sexo de sus manías?

1. *Filósofos y mujeres: estampas de una alianza rota*

Desde la antigüedad, filósofos y mujeres no se han avenido bien. Al repasar la historia de este conflicto en la historia de la filosofía, podría tenerse la impresión de que la filosofía siempre ha sido eminentemente cosa de hombres.

Una mirada más atenta, sin embargo, permite pronto constatar que la época antigua no careció en manera alguna de filósofas. Ya en el siglo I a.C. el filósofo estoico Apolonio halló suficiente material como para escribir una historia del pensamiento femenino, y Filócoro dedica todo un libro a las filósofas pitagóricas, que fueron, en efecto, legión. Pero especial gratitud debemos a Gilles Ménage, escritor, erudito y asiduo asistente de la tertulia literaria de Rambouillet, amén de personaje admirado por Madame La Fayette y Madame de Sévigné; la posteridad, empero, lo conoce sobre todo por la caricatura que de él esbozara Molière con la figura de Vadius en su comedia *Las mujeres sabias*. Ménage, paciente escrutador de los siglos, escribió en 1690 una *Historia mulierum philosopharum*, que todavía hoy se puede leer con provecho.

Por supuesto, cabe la pregunta: ¿Cómo es que no ha sobrevivido un solo pensamiento de todas las encantadoras filósofas citadas en la mencionada obra? ¿Por qué la Furia destructora no ha perdonado ni un solo fragmento? ¿Es sólo una casualidad, o deberíamos pensar, junto con Hegel, que la Historia del

Mundo ha fungido una vez más como tribunal de éste? En otras palabras: ¿No será que tales ideas no merecían realmente ser conservadas?

Comoquiera que haya que zanjar la cuestión, la historia de la filosofía occidental, con independencia de las posiciones, sistemas y escuelas que haya podido adoptar, ha contribuido no poco a este olvido. En cuanto a mantener a raya a las mujeres, sea por principio o de hecho, escatimándoles un papel activo en la filosofía, ha hecho gala de una impresionante uniformidad. Si no fuera porque la comparación es algo cómica y nada original, cabría aventurar la tesis siguiente: así como Heidegger ha afirmado que la filosofía occidental adolece de «un olvido del Ser», así también se puede decir que está aquejada por algo mucho más insólito, a saber, «un olvido de la mujer».

Desde Tales, blanco de las burlas de una joven tracia, pasando por Wittgenstein, involucrado en los enredos de Marguerite, los filósofos han contribuido de manera sistemática, tanto de palabra como de obra, al mencionado ostracismo. Una prueba —no por indirecta menos palpable— de la fractura de esta relación es, por ejemplo, que ninguno de los filósofos más remotos, los denominados presocráticos, contrajo matrimonio. El primero en dar ese paso habría sido Sócrates, que desposó a Jantipa... y ya sabemos cuáles fueron los resultados.

Incluso Platón, que tomó a Sócrates como modelo en casi todas las cuestiones filosóficas, se cuidó mucho de seguir sus pasos a este respecto. Es cierto que

en la *República* reclama para las mujeres igualdad de derechos y les franquea el acceso a los estudios de filosofía; pero en esta obra bosqueja sólo una utopía. En cambio, cuando expone en el *Timeo* su doctrina de la transmigración, da por sentado que las almas fueron originariamente masculinas. Y aquellas que luego vivieran deshonestamente estaban forzadas a encarnarse en un cuerpo femenino, e incluso, si reincidían en su mal comportamiento, en el cuerpo de un animal irracional.

Otro discípulo de Sócrates, el cínico Antístenes, afirmó que el amor es un pecado de la naturaleza, y que si Afrodita se hubiera puesto al alcance de su arco, no habría dudado en atravesarla con una flecha (según Clemente de Alejandría, *Stromata* II, 20, 107, 2). Y su alumno Diógenes de Sinope recomendaba salir del paso practicando la masturbación (Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, VI, 2).

Para encontrar a un gran filósofo capaz de tener un matrimonio normal hay que esperar a Aristóteles, quien efectivamente supo armonizar vida contemplativa y vida conyugal. Desposó a Pitia y tuvo una hija con ella. Y no sólo eso: tras enviudar, acogió en su casa a una segunda mujer, Herpilis, que le dio un segundo hijo, Nicómaco. Dada la ternura con que evoca a las dos en su testamento, cabe suponer que se trató de relaciones felices: el Estagirita dispuso que los restos mortales de su esposa fueran enterrados junto a los suyos, y legó a Herpilis parte de su herencia.

Y, sin embargo, para corroborar cuán arraigada estaba la idea de la incompatibilidad entre el ejercicio de la filosofía y la relación con las mujeres, basta con observar la calumnia que los siglos venideros le achacaron al intachable «Maestro de los que saben» (como lo denominara Dante), en la que el filósofo sale bastante mal parado en sus relaciones con el otro género. Se trata del tema de Aristóteles y Filis, el sabio y la hermosa cortesana, llegado a nosotros desde Oriente (*Pañcatantra*) por mediación árabe, y que se vio reflejado en abundantes narraciones y representaciones artísticas medievales, entre las que se cuenta una célebre xilografía de Hans Baldung (apodado Grien). Filis conoce al joven Alejandro —cuya educación había sido confiada por su padre, Filipo, rey de Macedonia, a Aristóteles— y con sus encantos lo distrae de sus estudios. Aristóteles se queja ante el rey, que en consecuencia le prohíbe al apasionado joven sus encuentros con la dama. Esta última se desquita del filósofo prometiéndole sus favores a cambio de que acepte caminar a gatas paseándola sobre su espalda. Seducido por la curvilínea beldad, Aristóteles da su consentimiento, ignorante de que ésta ha advertido al rey del insólito espectáculo. El gran pensador se ve luego convertido en el hazmerreír de la corte macedónica. Avergonzado, se retira a una isla y escribe un tratado sobre las artimañas femeninas¹.

1. Cf. al respecto Reinhard Brandt, *Philosophie in Bildern*, Colonia: Du-Mont, 2000, pp. 201-216.



Hans Baldung, llamado Grien: *Aristóteles y Filis*.
Grabado, 1513. AKG.

Los siglos que siguieron no mostraron un mejoramiento sensible de las relaciones entre filósofos y mujeres. Ni siquiera la época moderna supuso un cambio al respecto. El propio Kant, adalid del iluminismo, quien elevó a principio la audacia de valerse del entendimiento propio para enfrentar cualquier prejuicio o autoridad, parecía quedarse a oscuras cuando de mujeres se trata. Es cierto que el gran filósofo emancipa a la mujer de su primitiva y brutal sumisión al hombre y le reconoce el derecho a la «galantería», es decir, a la «libertad de tener públicamente otros hombres como amantes». Pero, por otro lado, le niega la facultad de votar y se hace eco de toda una serie de prejuicios, observaciones irónicas e impertinencias sobre el género femenino, a los que presenta además como resultados científicos de una «antropología de cuño pragmático». ¿Un botón de muestra? «Mujeres son flaquezas.» O: «Un hombre es fácil de entender, pero la mujer no revela su íntimo secreto, aunque (por su locuacidad) sea mala guardiana de los ajenos». Y prosigue: «La mujer adquiere su libertad con el matrimonio; en cambio, el hombre la pierde». «Éste anhela *la paz del hogar*, y se somete de buena gana al imperio de la mujer con tal de que no lo distraigan de sus ocupaciones. Aquélla, en cambio, no se arredra ante la *guerra doméstica*, que libra con su lengua, ya que la naturaleza le otorgó la afición a hablar y una elocuencia afectuosa capaz de desarmar al marido.» Y sobre la cultura femenina:

«Las mujeres ilustradas se valen de sus libros como de su reloj, el cual poseen para que se vea que tienen uno; pero éste, por lo general, está parado o no ha sido alineado con el sol»². Todo ello hace suponer que no sería extraño que Kant –un Kant a primera vista intachable– hubiera servido de modelo, en lo que se refiere al juicio sobre las mujeres, para las mordacidades de un Schopenhauer o de un Nietzsche.

Sea como fuere, lo cierto es que, en líneas generales, los grandes filósofos parecen tener problemas para relacionarse con las mujeres y el amor. Y cuando por fin lo intentan, aparecen las desgracias, y el único resultado son las catástrofes y el caos: así sucedió en la relación de Abelardo con Eloísa, de Nietzsche con Lou, de Weber con Marianne, la joven pianista Mina y Else, de Scheler con sus numerosas amantes, de Heidegger con Hannah o de Wittgenstein con Marguerite. Ello para no proseguir la embarazosa enumeración de casos adicionales, a la que sólo cabría oponer contadas excepciones: el amor de Schelling hacia Caroline, el de Comte hacia Clotilde, hasta cierto punto la vida conyugal de Simmel y Gertrud (autora de importantes obras escritas bajo seudónimo) o el avasallador encuentro entre Bataille y Laura.

2. *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht* (1798), en: *Kants gesammelte Schriften*, ed. por la Academia Prusiana de las Ciencias, vol. VII, Berlín: Reimer, 1907, pp. 303-311.

2. *El caso Schopenhauer*

Lo anterior nos induce a formular una recomendación hermenéutica: quien lea el presente opúsculo debe tener presentes las condiciones y circunstancias en las que surgieron las obras de Schopenhauer, signadas por el peso de una tradición «machista» y prejuicios obviamente atávicos. Con todo, hay que reconocerle a este autor el mérito de haberse ocupado seriamente de la tensa relación entre la filosofía y las mujeres, relación que, tras él y Nietzsche, ya nadie seguiría pasando por alto³.

A decir verdad, las cosas ya habían empezado a cambiar en tiempos de Schopenhauer. Las grandes mujeres de la Ilustración y del Romanticismo expresaron con meridiana claridad que había llegado la hora de dejar a un lado las actitudes prepotentes y allanaron de este modo el terreno para la posterior marcha de la mujer hacia su emancipación. Desde que el joven Friedrich Schlegel en su tratado *Sobre Diótima* (1795) elevara la figura femenina del *Banquete* de Platón a prototipo de la mujer nueva que buscaba en el Eros su propia realización, y sobre todo tras la publicación de la novela *Lucinda* (1799), inspirada no ya en Platón, sino en Dorothea Mendels-

3. Sobre Schopenhauer y las mujeres se requiere aún una investigación a fondo, comparable a las que existen sobre Nietzsche: Carol Diethe, *Nietzsche's Women: Beyond the Whip*, Berlín/Nueva York: de Gruyter, 1996. Mario Leis, *Frauen um Nietzsche*, Reinbek: Rowohlt, 2000.

sohn, quien había abandonado a su marido para casarse con Friedrich Schlegel, se había producido un verdadero cambio de rumbo. Aparte de esta última, fueron muchas las figuras femeninas que comenzaron a adherirse sin prejuicios a la nueva forma de vida, como por ejemplo Germaine de Staël, amante de Talleyrand, que vivió primero una turbulenta aventura amorosa con Benjamin Constant y luego una relación más serena y espiritual con el mencionado Schlegel; Caroline Michaelis, apodada «Madame Lucifer», que desposó, tras la muerte de su primer marido, a August Wilhelm Schlegel, y más tarde a Schelling; Henriette Herz, que enseñó hebreo a un entusiasta Wilhelm von Humboldt, e italiano a Schleiermacher; luego, Caroline von Günderrode, la infeliz amante de Friedrich Creuzer, que por su pasión fue conducida al suicidio; y Bettina Brentano, Pauline Wiese, Rahel Varnhagen von Ense y algunas más.

Johanna Schopenhauer —Trosiener de cuna—, madre de Arthur, también formaba parte de este grupo de mujeres emancipadas, y tenía grandes ambiciones literarias. La edición de sus obras completas, que ella misma dirigió, comprende no menos de 24 volúmenes, que abarcaban desde relatos de viaje, novelas y diarios hasta un estudio sobre Jan van Eyck y la pintura flamenca. Tras el suicidio de su esposo, se había mudado en 1806 a Weimar, que en aquel entonces estaba conmocionada por la incursión de Napoleón en el corazón de Prusia. Johanna reunió en torno suyo una tertulia literaria, a la que pertenecieron, entre

otros, Goethe, Wieland, los dos Schlegel y Tieck⁴. Desprovista de inhibiciones, invitó a vivir en su casa a su joven amante, Friedrich Müller von Gerstenbergk. Cuando Arthur la visitó en Weimar, se sintió conternado por la relación escandalosa, que él y su hermana Adele tuvieron que presenciar. A la consternación siguieron los celos y el resentimiento. Pero Johanna, que por fin disfrutaba de su libertad frente a padres y esposo, no estaba dispuesta en manera alguna a renunciar a sus conquistas en aras de su hijo, cuyo carácter «arisco» y afición excesiva al patrimonio familiar apenas soportaba. Cansada de representar el papel de madre, defiende en sus cartas su independencia como mujer: «Somos *dos* individuos», le había escrito Arthur; y ella le toma la palabra, y defiende su esfera personal de las intromisiones de su hijo. El joven filósofo alberga todavía durante algún tiempo la esperanza de recuperar a la madre para el redil del hogar (es decir, para sí mismo). Pero como, en cuanto hijo, no tiene nada que ofrecer para compensar los favores del amante, la situación se le hace cada día más insoportable; termina odiando, en particular, a la madre y, en general, a las mujeres, y abandona la casa materna⁵.

4. Cf. Anke Gilleir, *Johanna Schopenhauer und die Weimarer Klassik*, Hildesheim: Olms, 2000.

5. Véase *Die Schopenhauers. Der Familien-Briefwechsel von Adele, Arthur, Heinrich Floris und Johanna Schopenhauer*, ed. por Ludger Lütkehaus, Zürich: Haffmans, 1991. Véase también Adele Schopenhauer, *Tagebuch eines Einsamen*, ed. por Heinrich Hubert Houben, München: Matthes & Seitz, 1985.

La turbulenta relación con la madre constituyó probablemente el germen de la acre misoginia y el cuadro casi caricaturesco de Schopenhauer sobre las mujeres, al que éste, en su obra, trata de dotar de una base metafísica. El trasfondo biográfico parece explicar, en efecto, muchas de sus convicciones sobre este mundo. «Conozco a las mujeres –confiesa, ya anciano, a su discípulo Adam Ludwig von Doß–. Sólo les interesa el matrimonio como institución de beneficencia. En la época en que mi propio padre languidecía, confinado miserablemente a una silla de enfermo, habría quedado totalmente abandonado si no fuera porque un antiguo sirviente puso en práctica el denominado amor al prójimo. Mi señora madre organizaba tertulias mientras él se consumía en su soledad, y ella se divertía mientras él soportaba amargos tormentos. ¡Hete ahí el amor de las mujeres!»⁶

3. *De fracaso en fracaso*

Sin embargo, a Schopenhauer se le presentó, aproximadamente por la misma época en que tuvo lugar la ruptura con su madre, una maravillosa oportunidad de corregir su imagen pesimista acerca del sexo opuesto. Se había enamorado de Caroline Jagemann, actriz principal del teatro de la corte de Weimar y

6. A. Schopenhauer, *Gespräche*, ed. por Arthur Hübscher, Stuttgart/Bad Cannstadt: Frommann-Holzboog, 1971, p. 152.

más tarde amante del duque Carlos Augusto, y le había confesado a su madre: «Traería a esta mujer a mi casa aunque la hubiese conocido en la calle mientras picaba piedras»⁷. Pero este amor no pasó de ser platónico, y cuando ambos se reencontraron años después en Fráncfort, ya era demasiado tarde. En esa oportunidad, el ya maduro filósofo, que aún sentía atracción por ella, le contó una historia sobre puercoespines, que acababa de escribir y que habría de colocar al final de *Parerga y Paralipomena*: unos cuantos puercoespines querían estrecharse entre sí para darse calor y protegerse del frío invernal; pero cada vez que lo intentaban, se herían mutuamente con las púas y debían separarse de nuevo, con lo que de nuevo pasaban frío. Algo similar sucedería entre los seres humanos⁸.

Nada platónica fue, en cambio, la relación que Schopenhauer sostuvo con una joven camarera de Dresde, adonde se había mudado en mayo de 1814. El hijo surgido de este desliz murió al poco tiempo de haber nacido. Lo cierto es que Schopenhauer, a pesar de su declarada misoginia y sus panegíricos a la vida ascética, se sentía muy tentado por la «pasión horizontal», y en manera alguna renunciaba a los placeres de la carne. En dos palabras: aunque ponderaba el agua, prefería el vino.

7. A. Schopenhauer, *Gespräche*, p. 17.

8. Véase la carta de Schopenhauer a Julius Frauenstädt de 2 de enero de 1852, en: *Gesammelte Briefe*, ed. por A. Hübscher, Bonn: Bouvier, 1978, pp. 272-273.

Durante su primer viaje a Italia, que emprendió en el otoño de 1818, poco después de haber concluido la corrección de las pruebas de imprenta de *El mundo como voluntad y representación*, se vio envuelto en Venecia en una ardiente aventura con una dama de dudosa reputación, una tal Teresa Fuga⁹. Ella fue la responsable de que no llegara a concretarse su encuentro con Byron, según nos lo reporta el músico Robert von Hornstein, que en sus *Memorias* evoca sus conversaciones con el Schopenhauer anciano. Éste se solazaba contando a sus huéspedes que aquel año (1818-1819) coincidieron en Italia los tres mayores pesimistas de Europa: Byron, Leopardi y su persona. «Una tarde —cuenta von Hornstein—, hablábamos sobre Byron, cuando se quejó de que por una torpeza suya no hubiera conocido al personaje: “Yo llevaba una carta de recomendación escrita por Goethe para él. Me quedé en Venecia tres meses durante la estada de Byron. Siempre me hacía el propósito de visitarlo y llevarle la carta de Goethe, hasta que un día me di por vencido. Había salido a pasear por el Lido con mi amante, cuando ésta, muy emocionada, exclamó: ‘¡Ahí va el poeta inglés!’ Byron, a caballo, me pasó velozmente por un lado, y la *donna* quedó impresionada por el resto del día. Fue entonces cuando me decidí a no entregar la carta de Goethe. Temía que me

9. Véase al respecto la reconstrucción exhaustiva de A. Verrecchia, «Schopenhauer e la vispa Teresa», en: *Schopenhauer-Jahrbuch*, vol. 56 (1975), pp. 187-198.

pusieran cuernos. ¡Cuánto me arrepiento!» Y mientras tanto se golpeaba la frente.»¹⁰

En Florencia, Schopenhauer enriqueció el catálogo de sus conquistas con una perla muy valiosa, la de una aristócrata inglesa que se había trasladado desde su brumoso país natal a la templada ciudad toscana con el propósito de curar su tuberculosis. El filósofo ardió de «profunda pasión», y esa «trampa» del matrimonio «que la naturaleza nos tiende» hubiera surtido su efecto de no ser porque la enfermedad incurable de su amada hizo que nuestro aprensivo viajero retomara su principio de que el matrimonio no se presta para la vida de un pensador. Con todo, a decir de Adele, la hermana de Schopenhauer, la joven inglesa fue el gran amor de su vida.

De regreso en Alemania, y durante su docencia en la Universidad de Berlín, Schopenhauer buscó consuelo entre los brazos de Caroline Richter Medon, una cantante del Teatro Nacional, con la que sostuvo una relación inestable pero íntima, hasta el grado de que el filósofo haría mención explícita de Caroline en su testamento. Dicha relación, que se mantuvo en secreto durante mucho tiempo, estuvo marcada por discusiones y episodios de celos, pero sobre todo por el hecho de que, mientras Schopenhauer se hallaba en Italia por segunda vez, y a diez meses de su partida, Caroline dio a luz a un hijo hermoso y saludable: Carl Ludwig Gustav Medon. Nada de extraño tiene, pues, que

10. A. Schopenhauer, *Gespräche*, p. 220.

Schopenhauer anotara en su libreta: «Los hombres son la mitad de sus vidas mujeriegos y la otra mitad llevan cuernos; y las mujeres se dividen, correspondientemente, en engañadas y en engañadoras»¹¹. En cuanto pudo, trató de resarcirse. Tras conocer en 1827 a la hija de diecisiete años de un comerciante de arte, una tal Flora Weiß, le propuso matrimonio sin pensárselo dos veces, olvidando todas sus máximas prudenciales. «Casarse —había afirmado—, es como meter con los ojos vendados la mano en un saco, y pretender sacar la única anguila entre un montón de serpientes.»¹² Añadía además que el matrimonio, por bien que resulte, equivale a «dividir por la mitad los derechos del marido y multiplicar por dos sus obligaciones»¹³. Y, sin embargo, el filósofo estaba dispuesto a lanzar por la borda toda esa sabiduría a cambio de una tierna beldad. Para fortuna suya, su propuesta fue denegada: «¡Si es sólo una niña!»¹⁴, habría exclamado indignado el padre, que sin embargo calmó su ánimo en cuanto se enteró de la situación financiera del pretendiente. Pero la muchacha ni por un momento se planteó la posibilidad de

11. A. Schopenhauer, *Der handschriftliche Nachlaß*, ed. por A. Hübscher, 6 vols., Fráncfort del Meno: Kramer, 1966-1975, vol. II, p. 162.

12. A. Schopenhauer, *Gespräche*, p. 152.

13. A. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, vol. II, en: *Sämtliche Werke*, vol. VI, ed. por A. Hübscher, Wiesbaden: Brockhaus, 1972, p. 659.

14. A. Schopenhauer, *Gespräche*, p. 59.

sacrificar la flor de su edad a un pensador ya surcado por las arrugas.

A pesar de todas las desavenencias, cuando Schopenhauer partió en 1831 de Berlín, infestada de cólera, hacia Fráncfort, estuvo dispuesto a llevar consigo a Caroline Medon. Con una única condición, eso sí: que el hijo de ésta, fruto de su traición, permaneciera en Berlín. Caroline, sin embargo, como buena madre que era, no titubeó, y dejó que el filósofo se marchara sin ella.

El cuadro de las relaciones de Schopenhauer con las mujeres en Berlín no estaría completo, sin embargo, si olvidásemos la historia desagradable en la que aquél involucró a una costurera que vivía en el apartamento de al lado, una tal Caroline Marquet. Tras una discusión frente a la puerta de su casa, donde la muy insolente habría estado conversando en voz alta con sus comadres, interrumpiendo así sus pensamientos —algunos biógrafos malintencionados sospechan que el asunto ocurrió mientras tenía uno de sus discretos encuentros con Caroline Medon—, tuvo lugar una pelea en la que Schopenhauer le causó lesiones físicas. Tras una serie de procesos judiciales que se extendieron por casi un lustro, fue condenado por «injuria consumada» a pagarle una renta vitalicia. Cuando ella murió, el filósofo saldó el asunto con un juego de palabras: «*Obit anus, abit onus*», es decir: «Muerta la vieja, se acabó la carga».

Así pues, llegado a Fráncfort, y en vista de sus concatenados fracasos, nuestro pensador hizo el firme

propósito de renunciar definitivamente al matrimonio. Pero no en general a las mujeres, o, mejor dicho, a una «*petite liaison si nécessaire*». Tuvo –no sabemos con quién– otro hijo natural, que sin embargo también falleció al poco tiempo de nacido.

4. Dulcis in fundo

La vejez le deparaba a Schopenhauer una sorpresa adicional. Cuando ya «el Nilo se aproximaba a El Cairo», sus cartas nos hablan del alivio de verse libre de las cadenas del sexo, es decir, de las oscuras fuerzas metafísicas de la voluntad. Pero es precisamente entonces cuando Amor le lanza un último, aunque esta vez inocuo, dardo: una joven escultora, Elizabeth Ney, lo visita en el otoño de 1859 con el propósito de terminar un busto, y permanece con él durante casi un mes. El anciano se congratula: «Trabaja casi todo el día en mi casa –le cuenta a von Hornstein, frotándose las manos–. Cuando regreso de almorzar, tomamos el café juntos, sentados en el sofá, y por un momento me siento como si estuviera casado»¹⁵. La convivencia idílica con esta joven artista que lo halaga y corteja hace que vacile el dictamen pesimista sobre la mujer, surgido de la tensa relación con la madre y apuntalado durante años pseudometafísicamente. En una retractación tardía le confiesa a una

15. A. Schopenhauer, *Gespräche*, p. 225.

amiga de Malwida von Meysenbug que ha logrado alcanzar un juicio más favorable: «Aún no he pronunciado mi última palabra sobre las mujeres. Estoy convencido de que cuando una mujer logra separarse del montón o, mejor dicho, elevarse por encima de éste, crece de manera ininterrumpida, incluso más que el hombre, a quien la edad impone un límite, mientras que la mujer sigue desarrollándose indefinidamente»¹⁶. Aunque no fuera cierto, estaría muy bien dicho.

5. *La mujer sin atributos*

El presente opúsculo constituye una antología de sentencias en las que Schopenhauer expone sus ideas acerca del papel de la mujer. Las hemos reunido revolviendo entre sus escritos: tanto en los que publicó en vida como en los inéditos, en especial en la famosa «Metafísica del amor sexual», que integra el capítulo 44 de los «Suplementos» a la segunda edición, de 1844, de *El mundo como voluntad y representación*; así como en el ensayo *Sobre las mujeres*, proveniente de *Parerga y Paralipomena* (1851), y en la obra póstuma.

16. A. Schopenhauer, *Gespräche*, p. 376 s. Para la «conversión» del Schopenhauer anciano remito al lector al texto semihumorístico que escribí, junto con Wolfgang Welsch, con motivo del 200º aniversario del nacimiento del filósofo: «Schopenhauers schwere Stunde», en: *Schopenhauer im Denken der Gegenwart*, ed. por Volker Spierling, Múnich/Zúrich: Piper, 1987, pp. 290-298.

La selección y ordenamiento temático son de nuestra autoría, pero tienen un *fundamentum in re*, pues ponen de manifiesto cuáles fueron los problemas centrales de Schopenhauer. Y no sólo eso: la antropología schopenhaueriana del comportamiento femenino, que se pretende científica y objetiva, revela en realidad la idiosincrasia de un hombre que estaba herido en lo más íntimo y que escribía *cum ira et studio*. De ahí que estas sentencias terminen siendo, en lugar de descripciones neutrales, un catálogo de consejos destinados a preparar al género masculino frente a las fatales insidias, riesgos y conflictos desesperantes que surgen inevitablemente cuando uno se relaciona con las mujeres. Se trata, pues, de un verdadero arte –en el sentido de destreza, al estilo de otros prontuarios ya editados por mí¹⁷– para desenvolverse de manera apropiada con el bello sexo y con sus mudables formas de comportamiento.

Por supuesto, los hombres y mujeres de hoy prácticamente damos por sobreentendido que Schopenhauer ignoraba, o deliberadamente pasaba por alto, la inagotable riqueza del universo femenino. Concep-

17. Cf. *Die Kunst, Recht zu behalten*, Fráncfort del Meno: Insel, 1995 [*El arte de tener razón*, Madrid: Alianza Editorial, 2007 (2002)]; *Die Kunst, glücklich zu sein*, Múnich: Beck, 1999 [*El arte de ser feliz*, Madrid: Herder, 2007 (2000)]; *Die Kunst zu beleidigen*, Múnich: Beck, 2002 [*El arte de insultar*, Madrid: Alianza Editorial, 2005]. *El arte de hacerse respetar*, Madrid: Alianza, 2004; *Die kunst, sich selbst zu erkennen*, Múnich: Beck, 2006 [*El arte de conocerse a sí mismo*, Madrid: Alianza, 2007].

ciones femeninas de la vida, como *femme fatale*, *femme fragile* o *femme vamp*, seguramente no formaron parte de su repertorio. La mujer de Schopenhauer es una mujer sin atributos. Pero precisamente por ello tal vez estemos hoy en mejores condiciones de apreciar el lado alegre de sus agudas invectivas, lado que, acaso contra lo que el propio Schopenhauer habría deseado, es para sus lectores y lectoras más motivo de solaz que de moraleja.

El arte de tratar con las mujeres

La naturaleza de la mujer

Palabra e idea

La palabra *mujer* [*Weib*] ha caído en descrédito, a pesar de que es totalmente inobjetable; designa al género (*mulier*). *Señora* [*Frau*], en cambio, es la mujer casada (*uxor*); llamar señora a una joven es dar una nota discordante.

¿El bello sexo?

Calificar de bello al sexo de baja estatura, hombros delgados, caderas anchas y piernas cortas es algo que sólo puede hacer el intelecto masculino, obnubilado como está por el instinto sexual; pues la susodicha belleza se reduce por completo a este último instinto.

El segundo sexo

Las mujeres son el *sexus sequior* [el segundo sexo], inferior al masculino en *todo* respecto; uno debe perdonar sus defectos, pero rendirles veneración es sumamente ridículo y nos degrada ante sus ojos.

Un ser sin mayores aspiraciones

Las mujeres no tienen verdadero talento ni sensibilidad para la música, la poesía o las artes plásticas; cuando simulan poseerlo y se ufanan de ello, se trata de un mero remedo, surgido de su afán de agradar. O lo que es lo mismo: son incapaces de sentir un *interés puramente objetivo* hacia cosa alguna, y ello debido a lo siguiente, según creo: el hombre trata de lograr en todo un control *directo* sobre las cosas, ya sea comprendiéndolas o dominándolas. Pero la mujer tiene y ha tenido siempre que conformarse con ejercer un control meramente *indirecto* sobre las cosas, a saber, a través del hombre, que es lo único que ella puede dominar directamente. De ahí que su naturaleza la lleve a considerarlo todo como un simple medio para conquistar al hombre, y que su interés por cualquier otra cosa sea siempre

fingido, un simple rodeo (o sea, en el fondo, mera coquetería y afán de remedar). Ya lo decía Rousseau: «*Les femmes, en général, n'aiment aucun art, ne se connaissent à aucun, et n'ont aucun génie*» [«Las mujeres, en general, no aman ni dominan arte alguno, y no poseen genio alguno»], *Lettre à d'Alembert*, nota XX. Esto es algo, por lo demás, que cualquiera que no se deje engañar por las apariencias puede constatar. Basta con que observe a qué prestan atención las mujeres en conciertos, óperas y piezas teatrales, y de qué manera lo hacen; por ejemplo, la ligereza pueril con que prosiguen su cháchara aun durante los pasajes más hermosos de las grandes obras de arte.

Las mujeres y las armas de la naturaleza

La naturaleza se propuso lograr con las jóvenes lo que en teatro se denomina un «golpe de escena», al dotarlas durante unos años, y a costa del resto de sus días, de una plétora de belleza, encanto y esplendor; y esto con el propósito de que durante esos años capturasen de tal modo la fantasía del hombre, que éste estuviera irreversible y sinceramente dispuesto a cuidarlas de por vida, costase lo que costare; ya que la mera reflexión

racional no parecía ser garantía suficiente para obligarlo a dar tamaño paso. De este modo, la naturaleza proveyó a la mujer, como a cualquier otra criatura, de las armas y herramientas que necesitaba para asegurar su existencia, y sólo por el tiempo que las necesitaba, haciendo en ello gala de su acostumbrada economía de medios. Así como la hormiga hembra pierde, después del acoplamiento, las alas que en adelante ya no necesitará y que pudieran incluso poner en peligro el proceso de incubación, así también la mujer, tras uno o dos partos, casi siempre pierde su belleza; y posiblemente por la misma razón.

La niña que la mujer lleva dentro

Lo que hace a las mujeres tan apropiadas como nodrizas y educadoras de nuestra primera infancia es precisamente el hecho de ser ellas mismas pueriles, tontas y poco perspicaces; en una palabra, permanecen toda su vida como niñas grandes, una suerte de estado intermedio entre el niño y el hombre adulto, paradigma del verdadero ser humano.

II

Diferencias con el hombre

Hombres y mujeres

Cuando la naturaleza dividió en dos al género humano, no trazó el corte precisamente por la mitad. A pesar de toda su polaridad, la diferencia entre el polo positivo y el negativo no es sólo cualitativa, sino también cuantitativa. Así concibieron a las féminas nuestros ancestros y los pueblos orientales, y comprendieron qué posición les corresponde mucho mejor que nosotros, que en cambio estamos influenciados por la galantería francesa de viejo cuño y nuestra insulsa veneración hacia las mujeres, punto culminante de la estulticia cristiano-germánica cuyo único resultado ha sido hacerlas tan arrogantes y desconsideradas que a veces le recuerdan a uno los monos sagrados de Benarés,

los cuales, conscientes de su santidad e intangibilidad, se sienten con derecho a todo.

La injusticia de la naturaleza

La naturaleza muestra una inequívoca predilección por el sexo masculino. Éste lleva la delantera en fuerza y belleza; cuando se trata de obtener satisfacción sexual, la parte masculina sólo obtiene placer, mientras que del lado femenino caen sólo lastre y desventajas. [...] Si el hombre quisiera aprovecharse de esta parcialidad de la naturaleza, la mujer sería la más desdichada de las criaturas; pues tendría que soportar todo el peso del cuidado de los hijos; y, dadas sus escasas fuerzas, estaría completamente perdida.

Madurez masculina y madurez femenina

Cuanto más noble y perfecta es una cosa, tanto más tarde y despacio llega a su madurez. El hombre difícilmente alcanza la madurez de su razón y de sus capacidades mentales antes de los veintiocho años de edad; la mujer, en cambio, ya la ha logrado a los dieciocho. Pero todo ello tiene su lógica, y una muy bien calculada, por cierto. De ahí

que las mujeres sigan siendo niñas toda su vida: perciben sólo lo más cercano, se ciñen al presente, confunden las apariencias con la realidad y anteponen las frivolidades a los asuntos más serios.

La vanidad en el hombre y en la mujer

Aunque la vanidad de las mujeres no superase, como ocurre, a la de los hombres, seguiría teniendo el inconveniente de que se vuelca completamente hacia cosas materiales, como por ejemplo su belleza personal, además de las joyas, la riqueza y el lujo. De ahí que la sociedad sea su elemento. Este hecho, unido a la cortedad de su razón, la inclina hacia el *derroche*, por lo que ya un antiguo pensador decía: δαπανηρὰ φύσει γυνή [«La mujer es derrochadora por naturaleza», Menandro, *Monostichoi*, 97]. En cambio, la vanidad de los hombres se dirige a menudo hacia ventajas no materiales, como la inteligencia y la erudición, la valentía, y cosas por el estilo.

El honor sexual en el hombre y en la mujer

El honor sexual se divide en honor sexual de la mujer y honor sexual del hombre; el principal y más

significativo de los dos es el de la mujer, ya que en la vida de ésta la relación sexual es lo más importante. Consiste en la opinión general de los demás, respecto de la mujer soltera, de que no se ha entregado a ningún hombre; y respecto de la casada, de que sólo se ha entregado a aquel a quien desposó. En cuanto al género masculino, consiste en la creencia de que si un hombre se entera de la infidelidad de su esposa, se separará inmediatamente de ella y, en general, la castigará lo más severamente posible.

El amor filial en padres y madres

El auténtico amor maternal es, en la especie humana como en los demás animales, puramente *instintivo*, y, por lo tanto, cesa una vez que los hijos pueden valerse físicamente por sí solos. [...] El amor del padre hacia sus hijos es de diferente naturaleza y más sólido: se basa en reconocer en ellos su más íntimo ser, y tiene, por consiguiente, un origen metafísico.

Afán científico y curiosidad

El deseo de conocer se denomina afán científico [*Wißbegier*] cuando está dirigido hacia lo univer-

sal; y curiosidad [*Neugier*] cuando está dirigido hacia lo particular. Los niños manifiestan casi siempre un afán científico; las niñas, en cambio, mera curiosidad, pero en grado superlativo y muy a menudo con una simpleza exasperante.

Belleza masculina y belleza femenina

La belleza de los jóvenes es a la de las jóvenes lo que una pintura al óleo es a un dibujo al pastel.

La mujer y su miopía

La razón es lo que permite al ser humano no limitarse, como los animales, a vivir en el presente, sino abarcar con la vista pasado y futuro, y meditar sobre ellos; he ahí el origen de su previsión, cuidado y frecuente ansiedad. La mujer, por tener una razón más débil, participa menos tanto de las ventajas como de las desventajas concomitantes; ella es, en realidad, un ser miope de espíritu, ya que su entendimiento intuitivo capta nítidamente lo que se halla a corta distancia, mientras que los objetos lejanos quedan fuera de su estrecho campo visual; por ello todo lo ausente, lo pasado y lo futuro incide en las muje-

res mucho menos que en nosotros, lo que hace que en ellas aparezca de manera más frecuente el despilfarro, que a veces raya en la locura [...]. A pesar de sus numerosos inconvenientes, esta situación tiene al menos la ventaja de que la mujer se abre al presente más que nosotros, por lo que, con tal de que éste sea llevadero, lo disfruta más; ése es el origen de su típica alegría, que la hace tan apta para reconfortar al hombre cuando está agobiado por las preocupaciones.

III

Obligaciones naturales de la mujer

Coito y embarazo

El coito es sobre todo asunto del hombre; el embarazo, en cambio, sólo de la mujer.

Paciencia y humildad

Basta con observar por un momento la figura femenina para comprender que la mujer no está destinada a grandes tareas espirituales o físicas. Ella paga la culpa de vivir no con sus acciones sino con sus sufrimientos, ya hayan sido causados por los dolores del parto, el cuidado del niño o la sumisión al marido, cuya compañera paciente y reconfortante se espera que sea. Los pe-

res mucho menos que en nosotros, lo que hace que en ellas aparezca de manera más frecuente el despilfarro, que a veces raya en la locura [...]. A pesar de sus numerosos inconvenientes, esta situación tiene al menos la ventaja de que la mujer se abre al presente más que nosotros, por lo que, con tal de que éste sea llevadero, lo disfruta más; ése es el origen de su típica alegría, que la hace tan apta para reconfortar al hombre cuando está agobiado por las preocupaciones.

III

Obligaciones naturales de la mujer

Coito y embarazo

El coito es sobre todo asunto del hombre; el embarazo, en cambio, sólo de la mujer.

Paciencia y humildad

Basta con observar por un momento la figura femenina para comprender que la mujer no está destinada a grandes tareas espirituales o físicas. Ella paga la culpa de vivir no con sus acciones sino con sus sufrimientos, ya hayan sido causados por los dolores del parto, el cuidado del niño o la sumisión al marido, cuya compañera paciente y reconfortante se espera que sea. Los pe-

sares, alegrías y esfuerzos más intensos no le han sido deparados; se supone que su vida se desplegará de manera más plácida, intrascendente y agradable que la del marido, sin que por ello pueda ser calificada de más feliz o menos feliz que la de él.

La misión de la mujer

En el fondo, las mujeres existen únicamente para la propagación de la especie, y toda su misión se reduce a eso; de ahí que vivan más en la especie que en el individuo, y se tomen más a pecho los asuntos de la especie que los individuales. Ello confiere a todo su ser y actuación una cierta levedad y, en general, una orientación radicalmente distinta de la masculina; lo cual da lugar a las tan frecuentes y casi normales desavenencias en el matrimonio.

Espíritu de sacrificio

O la mujer sacrifica la flor de su edad a un hombre ya marchito, o constatará más tarde que ha dejado de ser un objeto apto para un hombre todavía vigoroso.

Ocupación principal de la mujer

Las jóvenes consideran en el fondo de su corazón sus ocupaciones domésticas o crematísticas como algo secundario, y hasta como mero entretenimiento: la única profesión seria para ellas es el amor, las conquistas y todo lo que ello conlleva, como arreglarse, asistir a bailes, etc.

Las mujeres y el mando

Que la naturaleza ha predestinado a la mujer para la obediencia es algo que queda de manifiesto por el hecho de que cada vez que alguna es colocada en un estado, antinatural para ella, de total independendia, muy pronto se une a un hombre, al que le permite que la guíe y domine, pues necesita un amo. Si es joven, éste será un amante; si es vieja, un confesor.

IV

Sus cualidades

Realismo femenino

Las mujeres son mucho más objetivas que nosotros; de ahí que no vean en las cosas sino lo que está en ellas; mientras que nosotros, cuando nos apasionamos, tendemos a engrandecer lo que hay, o añadirle cosas que imaginamos.

La mujer como consejera

En asuntos difíciles no es en absoluto reprochable acudir a las mujeres en busca de consejo, como ya acostumbraban a hacerlo los antiguos germanos; pues su manera de ver las cosas es muy diferente de la nuestra: ponen el ojo en la

vía más corta para llegar a una meta, y en general se fijan en lo más obvio, que nosotros, precisamente por tenerlo frente a nuestras narices, casi siempre pasamos por alto; es entonces cuando más necesitamos que nos reconduzcan a ello, para así recuperar la visión cercana y sencilla de las cosas.

Sus defectos

*El defecto fundamental de la mujer:
causas y consecuencias*

Es fácil constatar que el defecto fundamental del carácter femenino es la *injusticia*. Surge en principio de la ya mencionada carencia de raciocinio y reflexión, pero se ve agravado por el hecho de que la naturaleza las obliga a depender más de la astucia que de la fuerza, precisamente por ser más débiles; de ahí su sagacidad instintiva y su inclinación incorregible a mentir [...]. De dicho error básico y sus secuelas se derivan, empero, la falsedad, la deslealtad, la traición, la ingratitud, etcétera.

Mentira y disimulo

La mujer, al igual que el calamar en su tinta, se esconde tras el disimulo y nada en la mentira.

Todos los seres humanos mienten, y ya desde tiempos de Salomón; pero en aquel entonces el engaño todavía era un vicio congénito o un antojo pasajero, y no se había convertido aún en una necesidad y una ley, como lo es hoy bajo el tan ponderado despotismo de las mujeres.

Así como la naturaleza ha dotado de garras y dientes al león, de colmillos al elefante y al jabalí, de cuernos al toro y de tinta de camuflaje al calamar, así ha equipado a la mujer con el arte del disimulo para su amparo y defensa, proveyéndola así de una protección análoga a la que otorgara al hombre con la fuerza física y la capacidad racional. Por eso, el disimulo es connatural a las mujeres, tanto si son tontas como si son inteligentes. Emplearlo continuamente es para una mujer tan normal como para los animales mencionados lo es recurrir a sus defensas cuando son agredidos; y siente que hasta cierto punto tiene el derecho de hacerlo.

Es quizás imposible hallar a una mujer completamente sincera y libre de disimulo. Ésta es pre-

cisamente la razón de que sean capaces de notar el fingimiento ajeno con tanta facilidad, por lo que no es aconsejable valerse de él en su presencia.

El patrimonio

Todas las mujeres, con escasas excepciones, son proclives al despilfarro. Por ello, todo patrimonio, exceptuando los rarísimos casos en que ellas mismas lo han adquirido, debería ser puesto a salvo de su irresponsabilidad.

El dinero

Las mujeres siempre creen en el fondo de su corazón que la misión del hombre es ganar dinero, mientras que la suya es gastarlo; gastarlo en vida del esposo, si ello fuera posible; pero al menos tras su muerte, en caso contrario. El hecho de que el hombre le entregue su sueldo para el mantenimiento del hogar la afianza en esta convicción.

VI

Cómo escoger a la mujer adecuada

La importancia del fin

La profunda seriedad con que los hombres contemplamos y examinamos cada parte del cuerpo de una mujer, y con la que ella hace otro tanto con el nuestro; la escrupulosidad crítica con que nos fijamos en una mujer que comienza a gustarnos; lo obstinado de nuestra elección; la preocupación con la que el novio observa a la novia; el cuidado que pone en no ser engañado en ningún detalle, y el gran valor que da a cualquier exceso o defecto de sus partes esenciales: todo ello está plenamente justificado por la trascendencia del fin. Pues el ser que va a ser engendrado tendrá que llevar toda su vida una parte similar. Si, por ejemplo, la mujer está un poco torcida, ello

podría granjearle al hijo una joroba; y así en todo lo demás.

Edad

El aspecto fundamental que guía nuestra elección y determina la atracción que sentimos hacia el otro sexo es la *edad*. En general, toleramos todas las edades entre el comienzo de la menstruación y su final, pero preferimos indudablemente el período comprendido entre los dieciocho y los veintiocho años. En cambio, fuera de aquel primer margen, ninguna mujer es capaz de seducirnos; una mujer madura, es decir, que ya no menstrúe, nos provoca repulsión. La juventud sin belleza tiene cierto atractivo; pero la belleza sin juventud, ninguno.

¿Qué medidas?

Unos pechos femeninos voluminosos ejercen una atracción extraordinaria sobre el sexo masculino; pues, por estar en relación directa con las funciones reproductoras de la mujer, prometen abundante alimentación para el recién nacido. En cambio, las mujeres *excesivamente* gordas

suscitan nuestro rechazo; pues dicha complexión es síntoma de una atrofia del útero y, por lo tanto, de esterilidad; y aunque no sepamos esto último, nuestro instinto lo detecta.

Ojos, boca, nariz y rasgos faciales

La *belleza del rostro* es sólo el último de los criterios para la elección. También en este caso lo más relevante son las partes óseas; de ahí que se busque sobre todo una nariz bella, y que una nariz corta o respingona lo eche todo a perder. En efecto, una leve desviación de la nariz, sea hacia abajo o hacia arriba, signó la felicidad de incontables muchachas; y con razón, pues se trata de un rasgo característico de la especie. Una boca pequeña, en medio de maxilares igualmente pequeños, es esencial como rasgo específico del rostro humano, en contraste con los hocicos de los animales. Un mentón retraído y casi inexistente resulta particularmente repulsivo, pues el *mentum prominulum* es una característica exclusiva de nuestra especie. Por último hay que considerar la belleza de los ojos y la frente: ésta tiene que ver con las cualidades psíquicas, en especial las intelectuales, que se heredan de la madre.

La alquimia indispensable

Para que surja una atracción realmente apasionada se requiere algo que sólo una metáfora tomada de la química puede expresar: ambas personas deben neutralizarse mutuamente, como los ácidos y las bases en una sal.

El equilibrio natural

Los fisiólogos saben que la virilidad y la feminidad admiten innumerables grados, que hacen que la primera se degrade hasta las repulsivas ginandra e hipospedia, y la segunda se eleve hasta la seductora andrógina; desde ambos lados se puede alcanzar un hermafroditismo completo, el cual atrae a aquellos individuos que, por encontrarse entre ambos sexos, no se pueden clasificar en ninguno y, por lo tanto, no son aptos para la reproducción. Para la mencionada neutralización de dos individuos se requiere por consiguiente que el grado determinado de la masculinidad del varón se corresponda exactamente con el grado de feminidad de la mujer, de manera que ambas parcialidades se anulen mutuamente. Según ello, el hombre más masculino buscará a la mujer más femenina, y viceversa; y así, cada

persona buscará a aquella otra que tenga su mismo grado de sexualidad.

La belleza no lo es todo

El caso, poco frecuente, de que un hombre se enamore de una mujer francamente fea ocurre cuando se produce la mencionada concordancia exacta en el grado de la sexualidad, y las anomalías de la mujer son diametralmente opuestas a las del hombre, es decir, constituyen su correctivo. En casos como éste, el enamoramiento alcanza cotas bastante elevadas.

Examinar el linaje familiar

Quien haya tenido a una tonta por madre, o a un dormilón por padre, jamás podrá escribir una *Iliada*, aunque estudie en seis universidades.

Conclusión: ¡nunca dejarse llevar por la pasión!

Y nunca se les ocurra escoger solos, llevados por la siempre cegadora pasión. He podido constatar que tales matrimonios casi siempre acaban mal.

Dejen que otras personas bienintencionadas decidan por ustedes. La mirada desprejuiciada suele dar en el blanco, y la razón es mucho mejor casamentera que la pasión desaforada.

VII

El amor

Definición

El amor es el mal.

Su único origen es el instinto sexual

Todo enamoramiento, por muy etéreo que se intente presentar, radica exclusivamente en el instinto sexual; incluso se podría decir que no es más que la determinación ulterior, especificación e individuación máxima —en el sentido literal del término— del instinto sexual.

Es una fuerza metafísica

Lo que en definitiva atrae con fuerza tan intensa a dos individuos de sexo opuesto es la voluntad

de vivir, que se manifiesta a lo largo y ancho de la especie humana.

Una locura

La supuesta pasión elevada, desdeñosa de todo lo que no sea ella misma, que los futuros progenitores se profesan mutuamente no es en el fondo más que una locura muy singular, que hace que un hombre enamorado esté dispuesto a entregar todos los bienes de este mundo a cambio de poder acostarse con una mujer dada, la cual, en definitiva, no le dará nada que no hubiera podido darle cualquier otra.

Es ciego

La voluntad de la especie es hasta tal punto más fuerte que la individual, que el enamorado cierra los ojos ante cualquier cualidad que le repugne, pasa todo por alto, lo distorsiona todo y se vincula para siempre con el objeto de su pasión: tan completamente lo ciega este tipo de locura; la cual, una vez consumada la voluntad de la especie, se desvanece, dejándole a solas con una odiosa compañera de vida. Sólo así se explica que a

menudo veamos hombres razonables, e incluso excelentes, con víboras y demonios por esposas, y no entendamos cómo pudieron hacer semejante elección. Ésta es la razón de que los antiguos representen el amor como ciego.

Es comedia o tragedia

El enamoramiento de un hombre tiene a menudo ribetes cómicos, y en ocasiones incluso trágicos; ambas cosas suceden porque el individuo, al estar poseído del espíritu de la especie, es controlado por éste y deja de ser dueño de sí mismo.

Es poesía

La sensación de actuar en asuntos de enorme trascendencia es lo que eleva al amante tan por encima de todo lo terrenal y hasta de sí mismo, dotando a sus deseos, que en el fondo son muy físicos, de un ropaje tan hiperbólico, que el amor llega a ser un acontecimiento poético hasta en la vida de las personas más prosaicas; con lo que la cuestión adquiere a veces, por cierto, un cariz bastante cómico.

No es la religión de la belleza

El amor es para ustedes como una religión; creen que al amar están rindiendo culto a la belleza y participando en conciertos celestiales. No se dejen engañar por las palabras: no; en realidad sólo están desencadenando, aun sin saberlo, un problema de armonías fisiológicas.

Es el aliento vital de la especie

El anhelo amoroso, el himeros, que los poetas de todos los tiempos siempre se afanaron por expresar de los modos más diversos, sin por ello agotar su temática o incluso hacerle justicia; ese anhelo, que asocia la posesión de una mujer a la representación de una dicha infinita, y vincula el no llegar a alcanzarla con la idea de un dolor indescriptible; ese anhelo y sufrimiento amorosos, en suma, mal pueden proceder de las necesidades de un efímero individuo; son el clamor que emite el espíritu de la especie, el cual ve en ellos un medio insustituible de alcanzar sus objetivos o fracasar; y que por eso suspira tan profundamente. Sólo la especie tiene vida infinita, y en consecuencia sólo ella es capaz de abrigar deseos, satisfacciones y sufrimientos infinitos.

Pero como éstos se encuentran encerrados, en este caso, dentro del angosto pecho de un mortal, no es de extrañar que este último dé a veces la impresión de que fuera a estallar y no encuentre palabras para describir el presentimiento de infinito placer o de infinita pena que lo embarga.

Es una conspiración

Cuando echamos una mirada sobre el diario trajín, constatamos cómo toda la gente está ocupada de las carencias y plagas de la vida, tratando con todas sus fuerzas de satisfacer las innumerables necesidades y defenderse del dolor en sus múltiples facetas, sin otra esperanza que la de poder conservar precisamente esa atormentada existencia individual durante un breve lapso de tiempo. He ahí, sin embargo, que captamos, en medio de la multitud, las miradas ansiosas que intercambian dos amantes; pero, ¿por qué tanto sigilo, temor y disimulo? Porque esos amantes son los traidores que procuran perpetuar todas aquellas carencias y plagas, las cuales de otro modo muy pronto llegarían a su fin; fin que ellos quieren evitar, como otros lo hicieron antes que ellos.

El amor exclusivo

El hombre que imagina que encontrará mayor placer entre los brazos de una mujer cuyos rasgos considera hermosos que entre los de cualquier otra está siendo víctima de una ilusión voluptuosa; ilusión semejante a aquella que, enfocada en una *sola* persona, convence al hombre de que su posesión le proporcionará una dicha ilimitada.

El amor espiritual

Fue una mujer, Diotima, quien le enseñó a Sócrates la ciencia del amor espiritual; y fue Sócrates, el divino Sócrates, quien, para eternizar sin esfuerzo el dolor del mundo, transmitió a la posteridad esta funesta ciencia a través de sus discípulos.

El amor verdadero

Debido a que no hay dos individuos exactamente iguales, existirá para cada hombre una mujer que sea, con relación al niño que habrá de nacer, la mejor pareja posible. Es tan poco probable

que ambos lleguen a conocerse como que se dé el verdadero amor apasionado.

El amor en tiempos de epidemia

La sífilis tiene una influencia mayor de lo que en un principio cabe suponer; pues sus efectos no son sólo de naturaleza física, sino también moral. Desde que Cupido incluye en su aljaba dardos envenenados, se ha infiltrado un elemento extraño, hostil e incluso diabólico en la relación entre los sexos, impregnándola de una desconfianza siniestra y terrible.

Amor y fe

El amor es como la fe: no se puede obtener por la fuerza.

Cupido, dios del amor

Los antiguos personificaron el genio de la especie en Cupido, dios que, a pesar de su apariencia infantil, era agresivo y cruel, y por lo tanto tenía mala reputación; era, en fin, un duende caprichoso y despótico, pero aun así amo de dioses y mortales:

σὺ δ' ὦ θεῶν τύραννε κ' ἀνθρώπων, Ἔρως!
 (Tu, deorum hominumque tyranne, Amor!)

[¡Oh Eros, tirano de dioses y hombres!

EURÍPIDES, *Andrómeda*, Fr. 132;
 cf. Estobeo, *Florilegium* II, 385, 17]

Los disparos fatales, la ceguera y las alas son sus atributos. Las alas aluden a su inconstancia, que suele quedar de relieve cuando, una vez satisfecho el deseo, sobreviene el desencanto.

Spinoza

La definición que Spinoza da del amor, extraordinariamente ingenua, merece ser citada para entretenimiento nuestro: *Amor est titillatio, concomitante idea causae externae* [«El amor es un cosquilleo acompañado de la representación de una causa exterior», (*Ética* IV, proposición 44, demostración)].

El amor en el espejo

Un amante no correspondido por la bella y cruel mujer a la que ama podría comparar a ésta, epi-

gramáticamente, con un espejo cóncavo, el cual, como ella, resplandece, enciende y consume sin perder su frialdad.

Los amantes pasan, como los pensamientos

La presencia de un pensamiento es como la presencia de una amante: así como creemos que nunca vamos a olvidar un pensamiento, también creemos que la amante jamás nos dejará de importar. Y, sin embargo: lo que no se ve se olvida. Hasta los pensamientos más hermosos se pierden para siempre si no se ponen por escrito; y algún día intentamos huir de la amante, si es que acaso no nos hemos casado previamente con ella.

El suicidio por amor

En los estadios más avanzados del enamoramiento, dicha quimera llega a adquirir tal brillo, que, cuando no puede alcanzarse, la vida misma pierde todo su encanto, y entonces se vuelve tan triste, insulsa y desagradable que el rechazo hacia ella supera incluso el terror de la muerte; lo cual provoca a veces su interrupción voluntaria. Y es

que la voluntad de una persona semejante ha quedado atrapada en el remolino de la voluntad de la especie, o bien esta última ha alcanzado una preponderancia tal sobre la del individuo que cuando la voluntad no puede tener éxito en el ámbito de aquélla, pasa a desdeñar su ejercicio en el ámbito de éste. El sujeto se convierte así en un recipiente demasiado frágil para contener el inmenso anhelo que surge de la voluntad de la especie concentrada en un objeto determinado. La salida es entonces el suicidio, y a veces incluso el doble suicidio de ambos amantes; a menos que la naturaleza, con el propósito de salvar la vida, haga aparecer la locura, que cubre con su velo la consciencia de la situación desesperada. No pasa un año sin que varios casos como éstos demuestren la verdad de lo anterior.

VIII

El sexo

Metafísica del amor sexual

Mi metafísica del amor sexual es una perla.

La atracción sexual en el hombre y en la mujer

El hombre suele por naturaleza ser inconstante en el amor, así como la mujer tiende a la constancia. En el hombre, el amor disminuye sensiblemente en cuanto se ve satisfecho, y casi cualquier otra mujer lo excitará más que la que ya posee: añora la variedad. En cambio, el amor de la mujer empieza a crecer desde aquel mismo instante. Ello se debe a la finalidad de la naturaleza, que está orientada hacia la conservación de

la especie y, por lo tanto, a acrecentarla todo lo posible. El hombre puede, en efecto, engendrar holgadamente hasta cien hijos al año, si tiene a su disposición otras tantas mujeres; la mujer, en cambio, aunque tuviera el mismo número de hombres, no podría dar a luz a más de un hijo (si se prescinde de los casos de partos múltiples). Por eso, *él* siempre está buscando a otras mujeres, mientras que *ella* se aferra a un hombre determinado; pues la naturaleza la impulsa, de manera instintiva y sin que medie reflexión alguna, a conservar para sí al sostén y protector de su futura prole.

*La satisfacción sexual en el hombre
y en la mujer*

La naturaleza ha dispuesto mal las relaciones entre los dos géneros: al hombre le resulta imposible satisfacer su deseo sexual de manera legal desde que nace hasta que muere. A menos, claro está, que enviude siendo muy joven. Para la mujer, limitarse a un solo hombre durante el período relativamente breve de su lozanía e idoneidad resulta antinatural. Debe conservar para un solo hombre más de lo que éste es capaz de utilizar, y que muchos otros ansían; y ella misma tiene que

padecer los efectos de dicha renuncia. ¡Tómese esto en cuenta!

A esto hay que añadir el hecho importante de que en todo momento el número de hombres capaces de aparearse es el doble que el de las mujeres de igual condición, por lo que cada mujer recibe proposiciones continuamente, e incluso está esperando que le hagan una cada vez que un hombre se le acerca.

¿Durante cuánto tiempo?

El dominio natural de la mujer sobre el género masculino mediante el atractivo sexual dura aproximadamente dieciséis años. Una mujer de cuarenta años ya es incapaz de satisfacer sexualmente al hombre. El impulso sexual del hombre, en cambio, dura más del doble.

La satisfacción sexual como instinto

Es cierto que se dice que el ser humano carece prácticamente de instintos, a no ser por aquel que impulsa al recién nacido a buscar y aferrarse al pecho materno. Pero sí disponemos de un instinto muy concreto, inequívoco, e incluso muy

complejo, a saber: el de elegir sofisticada, concienzuda y obstinadamente a un individuo del otro género para obtener satisfacción sexual. Esta satisfacción como tal, es decir, en tanto que placer sensorial basado en la urgente necesidad de un individuo, no tiene nada que ver con la belleza o la fealdad del otro sujeto. La obsesión que sin embargo se produce en este último aspecto, así como la rigurosa elección consiguiente, son cosas que evidentemente no hay que achacar a quien realiza la elección, aunque éste crea ser su protagonista, sino a la auténtica finalidad, es decir, al ser que va a ser engendrado, a quien se ha de transmitir lo más pura y correctamente posible el prototipo de la especie.

Salta a la vista que el esmero con que un insecto escoge una determinada flor, fruto, estiércol, porción de carne, o incluso —como lo hacen los icneumones— la larva de un insecto de otra especie, para poner sus huevos *sólo en ese lugar determinado*, y el hecho de que para lograrlo no escatime esfuerzos o peligros, son muy análogos a la forma en que un hombre que quiere satisfacer su instinto sexual elige cuidadosamente a una mujer de ciertas características que a él le atraen, y la persigue con tanto ahínco que a menudo, para

alcanzar dicho fin, sacrifica de modo irracional su propia felicidad, ya sea contrayendo un matrimonio descabellado, ya recurriendo a la prostitución, en desmedro de su fortuna, su honor o su vida, ya cometiendo, incluso, delitos como el adulterio o la violación; y todo ello, de conformidad con la omnipresente voluntad de la naturaleza, con el único propósito de servir a la especie de la forma más oportuna, aunque sea a expensas del individuo.

Sello de origen de la especie

La fascinación vertiginosa que se apodera de un hombre cuando éste contempla a una mujer cuya belleza admira, haciéndole creer que el bien supremo consiste en unirse a ella, no es sino el *propósito de la especie*, que quiere perpetuarse por este medio.

¡Mejores que leones!

Yo imaginaba que el *apareamiento de leones*, como suprema afirmación de la voluntad en una de sus manifestaciones más intensas, estaría acompañado de síntomas muy vehementes; y me sor-



prendió constatar que, por el contrario, esos síntomas estaban muy por debajo de los que suelen acompañar al coito humano. Una vez más se confirma, pues, que lo crucial para el significado de un fenómeno no es el grado de intensidad de la voluntad, sino el grado del conocimiento; análogamente, el sonido no viene determinado tanto por el tamaño de la *cuerda* como por el de la *caja de resonancia*.

El deseo sexual

El deseo sexual, sobre todo cuando, a través de su fijación en una mujer determinada, se ha concentrado en enamoramiento, constituye la quintaesencia de toda la estafa de este bendito mundo; pues aunque promete una cantidad indecible, infinita y desmedida de cosas, es miserablemente poco lo que cumple.

El instinto sexual...

Los antojos a que da lugar el *instinto sexual* son como los *fuegos fatuos*: nos deslumbran completamente; pero si los seguimos, nos conducen al pantano, para luego desvanecerse.

... y su gratificación

La gratificación del instinto sexual es absolutamente reprobable, pues constituye la más categórica afirmación de la vida. Ello vale tanto para la matrimonial como para la extramatrimonial. Esta última, sin embargo, es doblemente censurable pues implica la supresión de la voluntad de otras personas, al hacer directa o indirectamente desgraciada a la joven respectiva; en otras palabras, el hombre obtiene su placer a costa de la felicidad de los demás.

Amor y odio

El amor sexual es compatible incluso con el odio más virulento hacia su objeto; de ahí que Platón lo comparase con el amor que los lobos sienten hacia las ovejas.

La barba y el sexo

La *barba* debería estar prohibida por la policía, ya que es casi una máscara. Además, en tanto que símbolo sexual plantado en medio de la cara, resulta *obscena*; de ahí que les guste tanto a las mujeres.

La otra cara de la moneda

Los espejismos que producen en nosotros los placeres eróticos se pueden comparar con ciertas estatuas que, debido al lugar que ocupan, han sido diseñadas para ser vistas sólo de frente, desde donde, en efecto, se ven hermosas; mientras que, vistas desde atrás, ofrecen una imagen fea. De manera análoga, el enamoramiento es sólo un paraíso de bienestar mientras sea mero prospecto y algo por venir; pero una vez que ha pasado y podemos contemplarlo retrospectivamente, se nos revela como algo fútil e insignificante cuando no repulsivo.

Ostras y champaña

El pequeñoburgués, hombre sin necesidades espirituales, [...] tampoco experimenta satisfacciones espirituales. [...] Ningún ansia de conocer y comprender, en virtud del conocer y comprender mismos, alienta su existencia; tampoco lo hace el ansia, tan afín a aquélla, de goces específicamente estéticos. Y si la moda o la autoridad le imponen por ventura placeres de este tipo, los despacha rápidamente como si fueran una especie de trabajo forzoso. Los únicos placeres que

reconoce como auténticos son los corporales; y se regodea en ellos. Ostras y champaña son el punto culminante de su existencia.

Sexo y procreación: todo a su tiempo

Para empezar, me valdré de un pasaje de Aristóteles, tomado de la *Política* VII, 16. En él el filósofo explica, en primer lugar, que las personas demasiado jóvenes engendran malos hijos: débiles, deficientes y pequeños; también dice que lo mismo ocurre con la descendencia de las personas demasiado viejas. [...] Recomienda, por lo tanto, que nadie mayor de cincuenta y cuatro años engendre hijos, lo cual no obsta para que el sujeto siga teniendo relaciones sexuales por razones de salud o de cualquier otro tipo. No dice cómo haya que poner esto en práctica; aparentemente, piensa que los hijos engendrados a partir de esa edad tendrían que ser eliminados por medio del aborto; pues unas líneas más arriba había recomendado su uso. Ahora bien, la naturaleza, por su parte, no puede desconocer el hecho que subyace a esta prescripción, pero tampoco corregirlo. Pues, según su principio de que *natura non facit saltus* [«la naturaleza no da saltos», *De incessu animalium*, 704b15, 708a9], no podía supri-

mir repentinamente la producción de semen en el hombre, sino que también aquí, como en toda extinción, había de darse un deterioro gradual. La procreación durante esta última fase tiene, pues, que traer al mundo hombres débiles, torpes, enfermizos, miserables y de corta vida. Y, de hecho, es esto lo que sucede: los hijos engendrados tardíamente suelen morir pronto, o al menos nunca llegan a alcanzar una edad avanzada, son más o menos vulnerables, enfermizos y débiles; y los hijos que éstos a su vez engendran tienen las mismas características. Lo que aquí hemos dicho de engendrar en la edad decadente vale también respecto de la procreación en la edad inmadura.

La virginidad

La virginidad es hermosa no porque sea una forma de abstinencia, sino porque es una forma de prudencia, ya que evade las trampas de la naturaleza.

Las relaciones sexuales y las enfermedades

Las enfermedades venéreas son un buen dique de contención para evitar que las relaciones se-

xuales adquirieran demasiada influencia sobre los seres humanos.

Las ciencias naturales han hecho un excelente descubrimiento, que representa uno de los más grandes servicios prestados a la humanidad, a saber: han encontrado un remedio que permite cumplir con las demandas de la naturaleza sin por ello correr el peligro, como ocurría hasta ahora, de infectarse de una enfermedad venérea (por ejemplo, en los burdeles). Consiste en echar en un vaso de agua una porción de cal disuelta en cloro y luego, tras el coito, sumergir en él el pene; cualquier agente patógeno adquirido queda así eliminado.

IX

El matrimonio

Qué es el matrimonio

Le mariage est un piège, que la nature nous tend.

[«El matrimonio es una trampa que la naturaleza nos tiende.»]

Por qué se lleva a cabo

El género femenino lo exige y espera todo del masculino, a saber, todo lo que anhela y requiere; el masculino le pide al femenino, en principio y de forma inmediata, sólo una cosa. De ahí

que haya sido necesario crear la institución según la cual el género masculino puede obtener del femenino la sola cosa que pide, a cambio de asumir el cuidado de todo, además del de los hijos surgidos de la relación; en esta institución reside el bienestar del conjunto del género femenino.

¿Qué hacer?

La pregunta de si es preferible casarse a no hacerlo muy a menudo se reduce a la de si son preferibles las preocupaciones del amor a las del sustento.

Matrimonio	=	¡Riñas y privaciones!
Soltería	=	Paz y abundancia.

Casarse con la ciencia

¡No se casen! Sigán mi consejo: ¡no se casen! Dejen que la ciencia sea su esposa y compañera; se sentirán mil veces mejor. ¡El matrimonio que conocemos en Occidente es de lo más absurdo que se pueda imaginar! ¡Cuán desproporcionadamente grandes son las cargas y obligaciones

que coloca sobre los hombros del marido, a cambio de algunos placeres efímeros!

Uno no se casa con la inteligencia

No se acude al matrimonio en busca de una conversación ingeniosa, sino para engendrar hijos; el matrimonio es la alianza de dos corazones, no de dos cerebros. El que las mujeres a veces afirmen haberse enamorado de la inteligencia de un hombre no deja de ser una pretensión vana y ridícula, o acaso la exageración de un ser anormal.

A pesar de cualquier diferencia

Nos sentimos sorprendidos cuando presenciamos las nupcias apasionadas de un hombre y una mujer cuyas mentes no podrían ser más disímiles; por ejemplo, supongamos que él es tosco, robusto y limitado, y ella delicada, aguda y con sentido estético, etc.; o él genial y culto, y ella una boba. Sin embargo, se sienten fuertemente atraídos y parecen haber sido hechos el uno para el otro. Esto se explica, empero, porque la voluntad es lo que opera en este caso, y su foco se encuentra en el polo contrario, es decir, en los genitales.

El matrimonio y el cansancio

Casarse significa hacer todo lo posible para provocarse náuseas mutuamente.

El matrimonio y la violación

Sólo los actuales protestantes, como optimistas que son, describen el matrimonio como algo sublime, sagrado y divino. Tertuliano dijo, por el contrario, que el matrimonio no se diferencia sustancialmente del *stuprum* [«la violación»].

El matrimonio y la igualdad de derechos

Las leyes europeas sobre el matrimonio equiparan a la mujer al marido, es decir, parten de una falsa premisa.

El hombre casado: una persona a medias

En nuestro lado monogámico del mundo casarse significa para el hombre dividir por la mitad sus derechos y multiplicar por dos sus obligaciones.

¿Por amor o por interés?

El hombre que al casarse tiene más a la vista el dinero que la satisfacción de sus inclinaciones vive más en el individuo que en la especie; pero lo individual se opone diametralmente a la verdad, por lo que produce la impresión de ser antinatural y suscita cierto desprecio. Una joven que, contrariando el consejo de sus padres, rechaza la propuesta de matrimonio de un hombre rico que no sea muy mayor, y hace a un lado todo convencionalismo para seguir únicamente su preferencia instintiva, está sacrificando su bienestar personal al de la especie. Pero precisamente por ello no podemos escatimarle cierto respeto; pues ha optado por lo más importante y actuado conforme a la naturaleza (más exactamente: conforme a la especie); mientras que sus padres la aconsejaron guiados por el egoísmo individual.

Matrimonio por amor

Casarse sólo «por amor» sin tener que lamentarlo muy pronto, es más, el mero hecho de casarse, es como meter la mano en un saco con los ojos vendados, y pretender sacar la única anguila entre un montón de serpientes.

Los matrimonios por amor se celebran en interés de la especie, no en interés de los individuos. Es cierto que los contrayentes se figuran estar favoreciendo su propia felicidad; pero la verdadera finalidad de sus actos se les escapa, pues no es sino el nacimiento del individuo que sólo ellos harán posible. Unidos por esa meta común, deben de ahí en adelante tratar de sobrellevarse lo mejor posible. Sin embargo, ocurre en no pocos casos que la pareja vinculada por esta alucinación instintiva, meollo del amor apasionado, es completamente heterogénea. Esto último sale a relucir cuando, como no podía ser de otro modo, desaparece dicha alucinación. De ahí que generalmente los matrimonios contraídos por amor acaben mal; pues en realidad están al servicio de la generación venidera, pero a costa de la presente. Como dice el refrán español: *Quien se casa por amores ha de vivir con dolores**.

Matrimonio y felicidad

Como es sabido, los matrimonios felices son más bien escasos; y la razón es obvia, ya que la naturaleza misma del matrimonio hace que su finali-

* En castellano en el original. (N. del T.)

dad se encuentre no en la generación presente, sino en la futura. Para consuelo de temperamentos tiernos y amorosos, añadiré, sin embargo, que en algunas ocasiones al amor sexual apasionado se le une cierto sentimiento de raigambre muy distinta, a saber, el de una amistad verdadera, basada en la confluencia de caracteres; amistad que, no obstante, casi siempre se presenta sólo después de que se apagado el amor sexual, que como tal busca sólo la gratificación.

Pecado de juventud

La mayoría de los hombres se dejan seducir por un lindo rostro; pues la naturaleza, al hacer que las mujeres muestren repentinamente todo su esplendor y produzcan un «golpe de escena», los induce a tomarlas por esposas; en cambio, les oculta los numerosos males que traen consigo, tales como: un sinfín de gastos, preocupaciones por los hijos, mal carácter, terquedad, envejecimiento y amargura prematuros, engaños, infidelidades, manías, ataques de histeria, amantes, y el infierno con todos sus demonios. De ahí que yo denomine al matrimonio una deuda que se contrae en la juventud y se paga en la madurez.

Da la impresión de que cada vez que se celebra un matrimonio tuvieran que salir mal parados o bien el individuo o bien el interés de la especie. Y, de hecho, así ocurre la mayoría de las veces; pues sería una coincidencia muy afortunada el que lo conveniente y el amor apasionado fueran de la mano.

Femina sine pecunia imago mortis

Las mujeres que fueron pobres antes de casarse suelen ser más exigentes y derrochadoras que aquellas que trajeron consigo al matrimonio una buena dote; pues las jóvenes ricas por lo general aportan no sólo una dote, sino también un cuidado (casi se podría decir: un instinto heredado) para conservarla mayor que el de las pobres. [...] En todo caso, yo le aconsejaría a quien se case con una muchacha pobre que no le deje por herencia todo su capital, sino una mera renta; pero, sobre todo, que vele para que el dinero de los hijos no vaya a parar jamás a sus manos.

Si *han de* casarse, cásense por lo menos con una mujer *rica*, a no ser que ustedes ya lo sean. Las mujeres ricas saben por lo menos administrar el hogar mejor que otras, que no conocen el valor del dinero por no haberlo poseído nunca.

Esposa e hijos

Entre *lo que un hombre posee* jamás he contado a la mujer y a los hijos, ya que aquél es más bien poseído por éstos.

Baltasar Gracián llama camello a un hombre en sus cuarenta sólo por el hecho de que éste tenga esposa e hijos.

El matrimonio como institución de beneficencia: por experiencia propia

Conozco a las mujeres. Sólo les interesa el matrimonio como institución de beneficencia. En la época en que mi propio padre languidecía, confinado miserablemente a una silla de enfermo, hubiera quedado totalmente abandonado de no ser porque un antiguo sirviente puso en práctica el denominado amor al prójimo. Mi señora madre organizaba tertulias mientras él se consumía en su soledad, y ella se divertía mientras él soportaba amargos tormentos. ¡Hete ahí el amor de las mujeres!

¡Nunca pagar un billete sin usarlo!

Cuanto más sensato y sabio se es, peor le va a uno en su vínculo con la mitad irrazonable de la

humanidad; y bien merecidamente, ya que la mayor locura estuvo en haberlo contraído; sobre todo cuando un hombre ha cumplido cuarenta años sin asumir la carga de una esposa y unos hijos, y decide casarse. Para mí, esto es como si alguien hubiera recorrido a pie las tres cuartas partes de un trayecto, y luego estuviera dispuesto a pagar el billete completo con el fin de cubrir en carro la parte restante.

Único motivo válido para casarse

En definitiva, lo único que habla a favor del matrimonio son los cuidados recibidos en la vejez y en la enfermedad, y una mesa bien servida. Pero incluso estas ventajas me parecen dudosas: ¿Acaso mi madre cuidó de mi padre cuando éste se hallaba enfermo?

Las viudas

El que las viudas sean incineradas vivas junto con el cadáver de su esposo es, ciertamente, repulsivo; pero el que dilapiden junto con sus pretendientes la fortuna que su cónyuge, convencido de que estaba trabajando para sus hijos, reu-

nió mediante el esfuerzo sostenido de toda una vida no lo es menos.

Fidelidad e infidelidad

La fidelidad conyugal es artificial en el hombre y natural en la mujer; por lo tanto, el adulterio es mucho menos excusable en ésta que en aquél; tanto objetivamente, a causa de sus consecuencias, como subjetivamente, por ser anti-natural.

El adulterio

El adulterio es más grave que el peor de los robos.

El honor del hombre exige que éste castigue severamente el adulterio de su mujer y que se venga, ya sea separándose de ella, ya sea de cualquier otra forma. Si, por el contrario, lo tolera conscientemente, será cubierto de oprobio por la cofradía masculina, oprobio que sin embargo no es tan grave como el que se le impone al género femenino, ya que en el hombre la relación sexual es secundaria y sólo una entre varios tipos de relación.

Honor femenino y honor masculino

El *honor femenino* demanda que no se lleve a cabo relación extraconyugal alguna, ya que sólo así el bando enemigo (los hombres) se verá constreñido a la capitulación (el matrimonio); por ello, cualquier relación extraconyugal es castigada por el *corps* femenino como una traición en favor del enemigo, por lo que la culpable es colmada de oprobio y expulsada del *corps*.

El *honor masculino* exige que no tenga lugar adulterio alguno, ya que sólo así el enemigo (las mujeres) se verá constreñido, cuando menos, a respetar la capitulación concertada (el matrimonio); por ello, quien tolera a sabiendas el adulterio de su esposa es sancionado como traidor al *corps* masculino y cubierto de vergüenza.

nió mediante el esfuerzo sostenido de toda una vida no lo es menos.

Fidelidad e infidelidad

La fidelidad conyugal es artificial en el hombre y natural en la mujer; por lo tanto, el adulterio es mucho menos excusable en ésta que en aquél; tanto objetivamente, a causa de sus consecuencias, como subjetivamente, por ser antinatural.

El adulterio

El adulterio es más grave que el peor de los robos.

El honor del hombre exige que éste castigue severamente el adulterio de su mujer y que se vengue, ya sea separándose de ella, ya sea de cualquier otra forma. Si, por el contrario, lo tolera conscientemente, será cubierto de oprobio por la cofradía masculina, oprobio que sin embargo no es tan grave como el que se le impone al género femenino, ya que en el hombre la relación sexual es secundaria y sólo una entre varios tipos de relación.

Honor femenino y honor masculino

El *honor femenino* demanda que no se lleve a cabo relación extraconyugal alguna, ya que sólo así el bando enemigo (los hombres) se verá constreñido a la capitulación (el matrimonio); por ello, cualquier relación extraconyugal es castigada por el *corps* femenino como una traición en favor del enemigo, por lo que la culpable es colmada de oprobio y expulsada del *corps*.

El *honor masculino* exige que no tenga lugar adulterio alguno, ya que sólo así el enemigo (las mujeres) se verá constreñido, cuando menos, a respetar la capitulación concertada (el matrimonio); por ello, quien tolera a sabiendas el adulterio de su esposa es sancionado como traidor al *corps* masculino y cubierto de vergüenza.

¿Monogamia o poligamia?

La monogamia es antinatural...

Con respecto a la relación entre los sexos, ningún lugar del mundo es tan inmoral como Europa, a consecuencia de la antinatural monogamia.

... y se opone a la razón

Es totalmente incomprensible que un hombre cuya esposa sufra de una enfermedad crónica, demuestre ser estéril o se haya ido convirtiendo en demasiado vieja para él, no pueda tomar una segunda esposa adicional.

Causa un desequilibrio

En la monogamia, el hombre recibe demasiado de una sola vez, pero poco a la larga; con la mujer sucede exactamente lo contrario.

Relación natural engañosa

La naturaleza, al hacer casi igual el número de mujeres que el de hombres, y sin embargo dotar a las mujeres de la capacidad para dar a luz y satisfacer al hombre sólo durante la mitad de ese período, ha trastocado desde sus inicios la relación sexual entre los seres humanos. A juzgar por la igualdad numérica absoluta, la naturaleza pareciera favorecer la monogamia; sin embargo, con una sola mujer un hombre puede satisfacer su deseo de procrear sólo la mitad del tiempo; debería serle permitido, pues, tomar una mujer adicional cuando la primera se marchitase; en cambio, sólo se ha previsto una para cada cual. Lo que la mujer pierde en tiempo de vida sexual lo gana en intensidad de la misma: es capaz de satisfacer a dos o tres varones robustos al mismo tiempo sin que ello le afecte. En la monogamia, en cambio, emplea sólo la mitad de su capacidad y satisface sólo la mitad de sus deseos.

¡La poligamia, por supuesto!

Sobre la *poligamia* no hay nada que *discutir*; simplemente hay que tomarla como un fenómeno universal, al que sólo cabe *regular*. De hecho, ¿dónde están los supuestos monógamos? Todos nosotros vivimos, *al menos* durante un tiempo, pero casi siempre de modo permanente, en estado polígamo. Así pues, si cada hombre necesita varias mujeres, debería dársele la oportunidad, e incluso el derecho, de mantener a varias. Con ello se le estaría restituyendo a la mujer su condición natural y justa como ser subordinado, y la *dama*, ese engendro de la civilización europea y de la estulticia cristiano-germánica, con sus ridículas pretensiones de respeto y veneración, habría sido borrada de la faz de la tierra, y sólo quedarían *mujeres*; pero, eso sí: no *mujeres desgraciadas*, de las que Europa se encuentra ahora repleta.

Es una bendición para las mujeres...

Para el género femenino *en su conjunto* la poligamia es una verdadera bendición.

... y para los mormones

Lo que parece granjear tantos acólitos a los mormones es el hecho de que hayan elimina-

do la monogamia, que es tan contraria a la naturaleza.

Sin poligamia...

Allí donde esta institución no existe, los hombres son la mitad de su vida mujeriegos y la otra mitad cornudos; y, correlativamente, las mujeres se dividen en engañadas y engañadoras. Quien se casa joven tiene que soportar más tarde a una vieja; y quien lo hace tarde adquiere primero enfermedades venéreas, y luego cuernos.

La poligamia y las suegras

Si la *poligamia* llegara a implantarse, tendría, entre muchas otras ventajas, la de que el hombre no se relacionaría tan estrechamente con sus suegros, que, con el miedo que inspiran, son hoy los responsables de frustrar innumerables matrimonios. Pero... ¡diez suegras en lugar de una!

XI

Los derechos de la mujer

Derechos e inteligencia

Cuando las leyes otorgaron a las mujeres los mismos derechos que a los hombres, habrían debido concederles también una inteligencia masculina.

Las mujeres y los curas

No hay que hacer concesiones a las mujeres y a los curas.

El derecho sucesorio

Que la propiedad que los hombres adquieren con dificultad a costa de grandes esfuerzos y pe-

nalidades soportados durante largos años vaya a parar a la postre a manos de las mujeres, para que éstas, debido a su insensatez, se la gasten en poco tiempo o la dilapiden de la manera que sea, es un disparate tan grave como frecuente, al que se le debería poner coto limitando el derecho que tienen las mujeres a heredar.

Considero que la solución más idónea sería disponer que las mujeres, ya fueran viudas o hijas, sólo pudiesen recibir como herencia una renta, respaldada de por vida mediante hipoteca; pero no, en cambio, bienes inmuebles o capital, a menos que carecieran de descendencia masculina.

Derecho a la propiedad

Son los hombres, y no las mujeres, los que obtienen la riqueza; por lo tanto, ellas no tienen derecho a su posesión incondicional, ni están capacitadas para administrarla.

Las mujeres y su tutela

Las mujeres requieren continuamente un tutor; de ahí que jamás debería otorgárseles la custodia de los hijos.

*Incluso entre los hotentotes...**

En casi todos los pueblos del mundo, tanto antiguos como modernos, e incluso entre los hotentotes, la propiedad se lega sólo a los descendientes masculinos; sólo Europa ha querido seguir otro camino; excepto la nobleza.

... y en el Indostán

En el Indostán las mujeres no son jamás independientes; siempre están bajo la tutela de alguien, ya sea el padre, el marido, un hermano o un hijo.

* Expresión peyorativa con la que los bóers de Sudáfrica designaban a las tribus autóctonas. (N. del T.)

XII

La profesión más antigua

Sus causas

Las causas de la prostitución son tanto la necesidad frecuente que tiene el hombre de casarse tarde como la insensatez de las mujeres.

Víctimas de la monogamia

Mientras que entre los pueblos poligámicos toda mujer encuentra quien la mantenga, entre los monogámicos el número de casadas es reducido, lo cual deja desamparadas a un sinnúmero de mujeres, que en las clases altas vegetan como solteras ociosas, y en las bajas tienen que soportar un trabajo desproporcionadamente duro, o in-

*Incluso entre los hotentotes...**

En casi todos los pueblos del mundo, tanto antiguos como modernos, e incluso entre los hotentotes, la propiedad se lega sólo a los descendientes masculinos; sólo Europa ha querido seguir otro camino; excepto la nobleza.

... y en el Indostán

En el Indostán las mujeres no son jamás independientes; siempre están bajo la tutela de alguien, ya sea el padre, el marido, un hermano o un hijo.

* Expresión peyorativa con la que los bóers de Sudáfrica designaban a las tribus autóctonas. (N. del T.)

La profesión más antigua

Sus causas

Las causas de la prostitución son tanto la necesidad frecuente que tiene el hombre de casarse tarde como la insensatez de las mujeres.

Víctimas de la monogamia

Mientras que entre los pueblos poligámicos toda mujer encuentra quien la mantenga, entre los monogámicos el número de casadas es reducido, lo cual deja desamparadas a un sinnúmero de mujeres, que en las clases altas vegetan como solteras ociosas, y en las bajas tienen que soportar un trabajo desproporcionadamente duro, o in-

*Incluso entre los hotentotes...**

En casi todos los pueblos del mundo, tanto antiguos como modernos, e incluso entre los hotentotes, la propiedad se lega sólo a los descendientes masculinos; sólo Europa ha querido seguir otro camino; excepto la nobleza.

... y en el Indostán

En el Indostán las mujeres no son jamás independientes; siempre están bajo la tutela de alguien, ya sea el padre, el marido, un hermano o un hijo.

* Expresión peyorativa con la que los bóers de Sudáfrica designaban a las tribus autóctonas. (N. del T.)

La profesión más antigua

Sus causas

Las causas de la prostitución son tanto la necesidad frecuente que tiene el hombre de casarse tarde como la insensatez de las mujeres.

Víctimas de la monogamia

Mientras que entre los pueblos poligámicos toda mujer encuentra quien la mantenga, entre los monogámicos el número de casadas es reducido, lo cual deja desamparadas a un sinnúmero de mujeres, que en las clases altas vegetan como solteras ociosas, y en las bajas tienen que soportar un trabajo desproporcionadamente duro, o in-

cluso prostituirse y llevar una vida triste y deshonrosa.

Sólo en Londres hay unas ochenta mil prostitutas. ¿Qué son éstas sino mujeres que han salido tremendamente perjudicadas por la institución de la monogamia, auténticas víctimas humanas sacrificadas en el altar de la monogamia?

Lamentable pero inevitable

Las mujeres de la vida alegre soportan una vida tan carente de alegría como de honor; y, sin embargo, son necesarias bajo las actuales circunstancias [monogámicas]; de ahí que representen un estamento reconocido oficialmente, cuya finalidad específica es proteger del peligro de ser seducidas a aquellas mujeres afortunadas que ya han encontrado marido, o tienen posibilidades de encontrarlo.

XIII

Las mujeres, la cultura y las artes

Las mujeres y las artes

Con sobrada razón se podría caracterizar al género femenino como el género *antiestético*. En efecto, las mujeres no entienden realmente de música, poesía o artes plásticas, ni tienen sensibilidad para estas actividades; cuando las imitan y se vanaglorian de tenerlas, se trata de mero remedo, atribuible a su coquetería.

En el teatro

Mucha razón tenían los griegos cuando prohibieron a las mujeres, según se dice, el acceso a las representaciones teatrales; al menos en sus teatros *sí*

se podría escuchar algo. En nuestros tiempos convendría añadir al *taceat mulier in ecclesia* [«que la mujer guarde silencio en la asamblea»] un *taceat mulier in theatro* [«que la mujer guarde silencio en el teatro»]; o quedarse con este último lema, y fijarlo en letras muy grandes, por ejemplo, sobre el telón.

Matrimonio, poesía y filosofía

Lo que se suele buscar con la llamada «carrera» de los jóvenes varones no es otra cosa que convertirlos en bestias de carga de una mujer. Para los mejores de ellos la mujer viene siendo un pecado de juventud. El ocio que los hombres brindan a sus esposas trabajando todo el día lo requiere el filósofo para sí. El hombre casado lleva sobre sus hombros todo el peso de la vida, el soltero sólo la mitad del mismo; quien se consagra a las Musas debe pertenecer a este último contingente. Así se explica que casi todos los filósofos verdaderos hayan permanecido solteros: por ejemplo, Descartes, Leibniz, Malebranche, Spinoza y Kant. A los antiguos no se les puede incluir, ya que entre ellos la mujer ocupaba un puesto subordinado; por otra parte, ya se sabe cuánto sufrió Sócrates, y Aristóteles fue un maestro de la corte. Los grandes poetas, en

cambio, estuvieron todos casados, y, por cierto, infelizmente. Shakespeare incluso tuvo cuernos por partida doble. Los maridos son casi siempre unos Papagenos, pero al revés: pues así como a éste una anciana se le convierte en una joven con rapidez pasmosa, a aquéllos una joven se les convierte en una anciana con no menor celeridad.

Los filósofos y poetas ya casados se convierten *por este solo hecho* en sospechosos de hacer las cosas *por interés personal*, y no por el de la ciencia o de las artes.

El genio y la belleza

El genio dura en los hombres lo mismo que la belleza en las mujeres, es decir, quince años: se extiende desde los veinte hasta los treinta y cinco años de edad, como máximo. Las mujeres no pueden, en realidad, ser geniales; a lo sumo podrán tener talento.

Las mujeres y sus logros en el arte

Ni siquiera las mentes más preclaras de todo el género femenino han alcanzado jamás un solo

corazón mismo extiende su influencia negativa a todos los ámbitos.

*Las diferencias de rango en hombres
y mujeres*

Mientras que el hombre, incluso cuando se dirige a personas que están muy por debajo de él, suele conservar por lo menos cierta dosis de consideración y humanidad, es insoportable presenciar cuán arrogante y prepotentemente se comporta casi siempre una mujer distinguida con otra de rango inferior, siempre que no sea su empleada, cuando está hablando con ella. Esto podría deberse a que en las mujeres toda diferencia de rango es mucho más precaria que entre nosotros, y puede modificarse y cancelarse con mucha mayor rapidez; pues, mientras que nosotros sopesamos un centenar de factores, para ellas sólo cuenta uno, a saber, a cuál hombre le han gustado.

Las mujeres y el perjurio

Las mujeres suelen cometer perjurio durante los juicios con mucha mayor frecuencia que los

hombres. Habría que plantearse seriamente si se les debe permitir que presten juramento.

Las mujeres y la justicia

Las mujeres, que, debido a la debilidad de su entendimiento, son mucho menos aptas que los hombres para comprender *principios* generales, atenerse a ellos y adoptarlos como pauta, también les van a la zaga, por lo general, en la virtud de la justicia, y, por consiguiente, también en honestidad y escrupulosidad; de ahí que la injusticia y la falsedad sean sus vicios más habituales, y las mentiras, su verdadero elemento. [...] La mera idea de una mujer en el cargo de juez provoca risa.

En cuanto a justicia, honradez y escrupulosidad, las mujeres son inferiores a los hombres. Pues, debido a su escaso raciocinio, todo lo que esté presente, sea obvio o tenga realidad inmediata, ejerce sobre ellas una fuerza contra la cual poco pueden las máximas vigentes, las decisiones alcanzadas y, en general, las consideraciones relativas al pasado y al futuro, lo ausente y lo lejano.

Las mujeres y la decadencia

Las mujeres son lo que más ha contribuido a contagiar al mundo moderno de la lepra que lo corroe.

En términos generales, los pequeñoburgueses más completos e incorregibles son, y seguirán siendo, las mujeres: de ahí que, debido a esa absurda institución que concede a las mujeres la categoría y el título que pueda haber adquirido el marido, ellas sean el continuo acicate de sus ambiciones *deshonestas*; y eso explica a su vez que su preponderancia y enorme influencia se hayan convertido en el azote de la sociedad moderna.

Las mujeres y la política

¿Acaso no ha sido la influencia cada vez mayor que, desde Luis XIII, han venido adquiriendo las mujeres en Francia la responsable de la gradual corrupción de su corte y su gobierno, corrupción que dio lugar a la primera revolución y a todos los trastornos posteriores?

La sabiduría de Aristóteles

Aristóteles explica detalladamente en la *Política* (libro II, capítulo 9) los grandes perjuicios que

para los espartanos tuvo el hecho de que las mujeres gozaran entre ellos de tantas prerrogativas, pues éstas disponían del derecho a heredar, de una dote y de gran independencia; y asimismo refiere cómo todo ello contribuyó considerablemente a la caída de Esparta.

Las damas y la caballerosidad

La «dama»

La mujer en el mundo occidental, o sea, lo que ahora se suele llamar una «dama», se encuentra en una *fausse position* [«falsa posición»]; pues la mujer, llamada con razón por los antiguos *sexus sequior* [«segundo sexo»], no merece en absoluto ser el objeto de nuestro respeto y veneración, llevar la cabeza más erguida que el hombre, o poseer los mismos derechos que éste. De las secuelas de esta *fausse position* tenemos muestras a cada paso. Sería por lo tanto muy deseable que también en Europa se le restituyese a este número dos del género humano el sitio que naturalmente le corresponde, y se pusiera coto al uso abusivo de la palabra «dama», tan ridiculizado

hoy en toda Asia como lo habría sido antaño en Grecia y Roma. [...] La «dama» europea de marras es una entidad que ni siquiera debería existir; basta con que haya amas de casa, y jovencitas que, por aspirar a serlo, debieran ser educadas no para ser arrogantes, sino hogareñas y sumisas.

La vida caballeresca

La caballería, como forma de vida social, [está] entretejida de retazos de costumbres bárbaras y presuntuosas, con toda una retahíla de muecas y patrañas meticulosamente desarrolladas y articuladas en un sistema, supersticiones degradantes y una veneración hacia las mujeres digna de los simios; de ella conservamos aún hoy una secuela, a saber, la caballerosidad, que el sexo femenino retribuye con merecida arrogancia, y que proporciona a los asiáticos una inagotable fuente de burla, burla a la que no habrían dudado en adherirse los griegos. Es cierto que el asunto llegó en la dorada Edad Media a convertirse en un auténtico y metódico culto a las mujeres, con imposición de pruebas heroicas, *cours d'amour*, cantos trovadorescos sentimentales, y cosas por el estilo; aunque hay que observar que estas últimas farsas, que no carecían de una faceta intelec-

tual, sólo alcanzaron su esplendor en Francia; mientras que entre los torpes y materialistas alemanes los caballeros descollaban sobre todo por la bebida y el pillaje; los festines y castillos de bandidos eran su elemento; y con todo, tampoco entre ellos faltaron, al calor de los fogones, algunas estrofas poéticas.

Otras cosas que hay que saber

Cuáles son los hombres que ellas prefieren

Sólo los hombres jóvenes, fuertes y apuestos están llamados por la naturaleza a cuidar de la propagación de la especie humana; y todo con la finalidad de que ésta no degenera. He ahí la firme voluntad de la naturaleza, que se expresa a través de las pasiones femeninas. Dicha ley tiene, en antigüedad y vigencia, prioridad sobre cualquier otra. Por eso, ¡pobre de aquel que ose disponer sus derechos e intereses personales de forma que se le atravesase en el camino! A la primera oportunidad de turno, será aplastado sin contemplaciones, no importa lo que diga o haga. Pues la máxima moral de las mujeres —secreta, tácita, y hasta inconsciente, pero innata— es: «Tenemos

derecho a engañar a aquellos que creen que por escatimarnos el cuidado que nos deben a nosotras, seres individuales, se encuentran por encima de la especie. La índole y, por ende, el bienestar de la especie nos han sido encomendados por medio de la próxima generación, que provendrá de nosotras; y queremos administrar ese patrimonio de la manera más cabal posible». Pero las mujeres no son conscientes *in abstracto* de este principio supremo, sino sólo *in concreto*, y no tienen otra manera de expresarlo que actuando de acuerdo con él cada vez que se presenta la ocasión; en lo cual su conciencia las respalda casi siempre mucho más de lo que sospechamos, ya que en los rincones más recónditos de su corazón saben que vulnerando sus obligaciones con respecto al individuo satisfacen tanto mejor las de la especie, cuya legitimidad es infinitamente superior.

Las mujeres prefieren a los hombres entre los treinta y los treinta y cinco años de edad, a saber, incluso más que a los adolescentes, que representan, en realidad, la máxima expresión de la belleza humana. La razón es que no las guía su gusto, sino su instinto, que reconoce en aquel lapso el punto culminante de la capacidad procreadora. Y en general se fijan poco en

la belleza, a saber, en la del rostro; es como si se reservaran para sí mismas la tarea de transmitírsela a los hijos.

La inteligencia no ayuda, al contrario

La falta de inteligencia no perjudica con las mujeres; más bien, una capacidad mental sobresaliente, o incluso genial, puede ser desfavorable, por salirse de lo corriente. De ahí que no sea raro ver cómo, cuando de mujeres se trata, un hombre feo, tonto y tosco le gana a uno culto, inteligente y amable.

Otros países, otras costumbres

En muchos países, incluso en el sur de Alemania, existe la pésima costumbre de que las mujeres llevan cargas, a veces bastante pesadas, sobre su cabeza. Esto seguramente tiene efectos negativos sobre el cerebro, lo que hace que éste se deteriore gradualmente entre las mujeres del pueblo llano, y —dado que el hombre recibe este órgano de la mujer— que el pueblo llano en su conjunto se vuelva cada vez más tonto; lo cual se podría evitar muchas veces.

¡Viva el Oriente!

Deberíais añorar el Oriente. Bastaba con que el marido estuviera en capacidad de proporcionar a sus mujeres alojamiento y comida para no tener que preocuparse de nada; podía dedicarse a participar en combates, ejercitarse en el uso de las armas o escuchar a los sabios; estaba inmunizado contra la humillación consistente en que un hombre valiente se someta completamente a una tonta: al fin y al cabo, gozaba de libertad, toda vez que varias mujeres lo protegían del amor exclusivo.

Dentro de los límites de la razón

No es posible mantener a las mujeres dentro de los límites de la razón excepto a través del miedo; en el matrimonio, sin embargo, es necesario mantenerlas a raya, pues uno tiene que compartir con ellas lo mejor que tiene; de ahí que se pierda en placer de la relación amorosa lo que se gana en autoridad.

¡Estad alerta!

La memoria es un ser caprichoso y tornadizo, que se puede comparar a una joven muchacha: a

veces se niega a dar, de forma inesperada, lo que ya ha dado cien veces; y, en cambio, más tarde, cuando uno menos se lo espera, lo da sin que uno se lo pida.

No seguir el ejemplo de Petrarca...

No uno sino muchos fueron los Petrarca que debieron de arrastrar toda su vida su insatisfecha sed de amor, como si se tratara de una soga o una bola de hierro atada a un tobillo, y pronunciar sus lamentos en bosques solitarios.

... ni tampoco el de Kant

Si se me permitiera ahora [...], para aliviar la exposición, una alegoría jocosa e incluso frívola, compararía a Kant, en su tendencia mistificadora, con un hombre que en un baile de disfraces corteja toda la noche a una bella dama enmascarada, convencido de haber hecho una conquista, hasta que, al final, ésta se quita el antifaz y se da a conocer... como su esposa.

Control de la natalidad

Si se pudiese castrar a todos los canallas y encerrar en conventos a todas las muchachas tontas,

dotar de un harén a todos los hombres de carácter noble, y de verdaderos hombres a todas las muchachas inteligentes y sensatas, pronto nacería una generación que eclipsaría la época de Pericles.

Intentos de aproximación

Una mujer (exceptuando las prostitutas manifiestas) jamás se nos declarará; pues por muy bella que sea, se expone a un *refus* [«un rechazo»], ya que la enfermedad, la amargura, las ocupaciones y las manías suelen despojar a los hombres de sus deseos; y un *refus* sería fulminante para su vanidad. En cambio, en cuanto uno da un primer paso, y las tranquiliza mostrándoles que no existe tal peligro, uno se pone a su mismo nivel, y casi siempre encontrará que son bastante tratables.

Vanidad de vanidades

Obtener los favores de una mujer muy bella sólo a través de la propia personalidad es quizás un deleite mayor para la vanidad que para los sentidos, ya que uno obtiene la confirmación de que

la propia personalidad es un correlato equiparable a la otra persona, a la que uno ha endiosado y admira y valora por sobre todas las demás. De ahí que el amor no correspondido sea tan doloroso, sobre todo cuando va acompañado de celos justificados.

XVII

Elogio de las mujeres

El verdadero *elogio de las mujeres* lo expresan, mucho mejor que «El honor de las mujeres» —ese poema afectado, pretencioso e insulso de Schiller—, las breves palabras de Jouys: «*Sans les femmes, le commencement de notre vie serait privé de secours, le milieu de plaisirs, et la fin de consolation*» [«Sin las mujeres, el comienzo de nuestra vida estaría privado de seguridad; la mitad, de placeres, y el final, de consuelo»].

Cuanto más observo a los hombres, menos los soporto. Si sólo pudiera decir lo mismo de las mujeres, todo estaría bien.

Ediciones de Schopenhauer utilizadas

- Sämtliche Werke*, ed. por Paul Deussen, 13 vols., Múnich: Piper, 1911-1942.
- Sämtliche Werke*, ed. por Arthur Hübscher, 7 vols., 3.^a ed., Wiesbaden: Brockhaus, 1972; 4.^a ed., revisada por Angelika Hübscher, Mannheim: Brockhaus, 1988.
- Werke in fünf Bänden*, ed. por Ludger Lütkehaus, Zúrich: Haffmans, 1988.
- Der handschriftliche Nachlaß*, ed. por Arthur Hübscher, 6 vols., Fráncfort del Meno: Kramer, 1966-1975; reimpresión, Múnich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 1985.
- Die Kunst, Recht zu behalten*, ed. por Franco Volpi, Fráncfort del Meno: Insel, 1995 [*El arte de tener razón*, trad. de Fabio Morales. Madrid: Alianza Editorial, 2002].
- Die Kunst, glücklich zu sein*, ed. por Franco Volpi, Múnich: Beck, 1999 [*El arte de ser feliz*, trad. Ángela Ackermann, Herder, 2000].
- Die Kunst zu beleidigen*, ed. por Franco Volpi, Múnich: Beck, 2002 [*El arte de insultar*, trad. de Fabio Morales. Madrid: Alianza Editorial, 2006].

- Gesammelte Briefe*, ed. por Arthur Hübscher, Bonn: Bouvier, 1978.
- Ein Lebensbild in Briefen*, ed. por Angelika Hübscher, Fráncfort del Meno: Insel, 1987.
- Philosophie in Briefen*, ed. por Angelika Hübscher y Michael Fleiter, Fráncfort del Meno: Insel, 1989.
- Die Schopenhauers. Der Familien-Briefwechsel von Adele, Arthur, Heinrich Floris und Johanna Schopenhauer*, ed. por Ludger Lütkehaus, Zúrich: Haffmans, 1991.
- Das Buch als Wille und Vorstellung. Arthur Schopenhauers Briefwechsel mit Friedrich Arnold Brockhaus*, ed. por Ludger Lütkehaus, Múnich: Beck, 1996.
- Die Reisetagebücher*, mit einem Nachwort von Ludger Lütkehaus, Zúrich: Haffmans, 1988.
- Gespräche*, ed. por Arthur Hübscher, Stuttgart/Bad Cannstatt: Frommann-Holzboog, 1971.

Índice

Introducción, por Franco Volpi	7
--------------------------------------	---

EL ARTE DE TRATAR CON LAS MUJERES

I. La naturaleza de la mujer	33
II. Diferencias con el hombre	37
III. Obligaciones naturales de la mujer	43
IV. Sus cualidades	46
V. Sus defectos	48
VI. Cómo escoger a la mujer adecuada	51
VII. El amor	57
VIII. El sexo	67

IX. El matrimonio	78
X. ¿Monogamia o poligamia?	90
XI. Los derechos de la mujer	94
XII. La profesión más antigua	97
XIII. Las mujeres, la cultura y las artes	99
XIV. Las mujeres y la sociedad	103
XV. Las damas y la caballerosidad	108
XVI. Otras cosas que hay que saber	111
XVII. Elogio de las mujeres	118
Ediciones de Schopenhauer utilizadas	119

Escaneado por

EinHeri
Oberndorfer